

Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros

Sebastián Celestino Pérez*

Resumen

La presencia del santuario rupestre de la Cueva del Valle, con exvotos y pequeños vasitos de ofrendas que imitan formas documentadas en el palacio-santuario de Cancho Roano, así como el hallazgo de otros exvotos y materiales en la cercana villa de Zalamea, parecen avalar la existencia de un culto ininterrumpido en esta zona que confiere al lugar un carácter de paisaje sacro. Los últimos trabajos desarrollados en Cancho Roano, con el descubrimiento de dos edificios más antiguos enterrados bajo el complejo arquitectónico actual y protagonizados por sendos altares situados en un mismo eje, profundiza en el carácter sacro del yacimiento, cuya planta y funcionalidad se asemejan en gran medida a los santuarios etruscos y a otros complejos documentados en la península ibérica.

Résumé

La présence du sanctuaire de la "Cueva del Valle", avec des ex-voto et des petits vases d'offrandes qui imitent les formes documentées dans le palais-sanctuaire de Cancho Roano, ainsi que des trouvailles d'autres ex-voto et matériaux dans la toute proche ville de Zalamea, semblent confirmer l'existence d'un culte ininterrompu dans cette zone, ce qui donne à ces lieux un caractère de paysage sacré. Les derniers travaux effectués à Cancho Roano, avec la découverte de deux bâtiments plus anciens sous le complexe architectonique actuel et donc le trait le plus important est défini par la présence des autels situés dans le même axe, approfondit le caractère sacré du site, dont le plan et fonction rassemble en une grande mesure à celles des sanctuaires étrusques et à celles d'autres complexes documentés dans la Péninsule Ibérique.

No parece que atraiga mucho al investigador el estudio en profundidad de la religiosidad ibérica, a no ser para enumerar y valorar los hallazgos aparecidos en el interior de cuevas, templos u otros edificios singulares identificados con lugares de culto, amén de la gran cantidad de iconografía de la que nos nutrimos para desvelar las advocaciones de nuestros antepasados. También es verdad que un estudio tipológico de los exvotos o de la iconografía tiene una base arqueológica por el momento más sólida que cualquier acercamiento teórico hacia la estructura socio-religiosa de nuestra protohistoria, algo sobre lo que se ha incidido recientemente (Cerrillo, 1990, 191) y que no deja de ser una asignatura pendiente para enmarcar la ingente

cantidad de hallazgos en lugares culturales. Pero si esta cuestión ya es problemática en el entorno puramente ibérico, como se ha puesto de manifiesto recientemente en una magnífica síntesis sobre los santuarios ibéricos (Prados, 1994), mayor complejidad ofrece en zonas geográficamente apartadas de ese foco, y me refiero fundamentalmente al complejo arquitectónico de Cancho Roano, donde la ausencia de analogías arquitectónicas ha propiciado un importante auge bibliográfico en torno al yacimiento para explicar su función y significado.

El que Cancho Roano se halle en el sureste de Extremadura no debería ser óbice para integrarlo en la cultura ibérica, de hecho son muchos

* C/ Bravo Murillo, 355, portal I, 4ª derecha. 28020 Madrid.

los colegas que hacen referencia al monumento para justificar algunos aspectos del mundo ibérico, fundamentalmente en los últimos años (Ruiz, Molinos, 1993, 190), aunque podría integrarse mejor en el término tartesioibérico precisamente por su situación geográfica, heredera de la denominada periferia tartésica de la fase anterior (Celestino, 1995, 76; Almagro, 1996, 41). Esta integración de Cancho Roano en la cultura ibérica ya fue concretada por Maluquer en referencia al comercio foceo a través de la denominada ruta de los santuarios, partiendo del valle del Vinalopó hasta Albacete y desde Sierra Morena, con centro en Cástulo, al área extremeña (Maluquer, 1985, 23), hipótesis que con ligeros matices ha sido aceptada por otros investigadores siempre en base al interés minero de la zona occidental de la Meseta meridional. Por lo tanto partimos de un aspecto unánimemente reconocido para un centro tan significativo como Cancho Roano, su evidente carácter comercial, que además podría hacerse extensible a algunos de los santuarios ibéricos (Prados, 1994, 137). Bajo este supuesto podríamos interpretar la presencia de algunos santuarios construidos a las afueras de los recintos amurallados de los poblados, con ejemplos bien conocidos como el del Collado de los Jardines (Calvo, Cabré, 1919), El Cigarralejo (Cuadrado, 1950), Cástulo (Blázquez, 1983) o el más moderno de Torreparedones (Fernández, Cunliffe, 1988; Morena, 1989). Todos ellos se encuentran ubicados en puntos estratégicos de las vías de comunicación, como en el caso de Cancho Roano, y participan de otro elemento imprescindible para entender estos lugares de culto, la cercanía de pequeños ríos o arroyos con caudales constantes relativamente alejados del curso de un río principal, lo que les confiere un carácter salutarífico evidente. Posteriormente, con la generalización de los santuarios en cueva, se mantendrá esta característica, aunque supliéndose los ríos por las fuentes o manantiales cercanos a estos centros de culto rupestre. Esta evolución desde el santuario como edificio complejo hasta la cueva-santuario, también en la mayor parte de los casos con restos constructivos mejor o peor conservados, ya se apuntaba en lugares como El Collado de los Jardines, pero en Cancho Roano podemos encontrar la clave para entender esta evolución a través del santuario de la Cueva del Valle, ubicado en la sierra que circunda el valle de La Serena y a poco más de 4 kilómetros del monumento orientalizante.

EL SANTUARIO DE CANCHO ROANO

La contrariedad interpretativa que presenta Cancho Roano es tal que Maluquer lo definió como palacio-santuario en su primer artículo divulgativo (Maluquer, Pallarés, 1980), si bien, consciente de que esta definición no dejaba de ser inédita en la protohistoria occidental, optó por definirlo como santuario en sus tres memorias de excavación y en los numerosos artículos en los que fue dando a conocer diversos aspectos del monumento. Sin embargo, en todos estos trabajos hace hincapié en el evidente sentido palacial del edificio, tanto por la planta que ofrecía, inspirada en los *hilani* del norte de Siria o con elementos constructivos griegos presentes de los almacenes de Al-Mina (Maluquer, 1981, 53; 1983, 134). Pero a pesar de la mayor relevancia del carácter sacro que siempre concedió al monumento, en su última aproximación al complejo arquitectónico lo volvió a denominar palacio-santuario, consciente de que ambas funciones eran igualmente importantes (Maluquer, Gracia, Munilla, Celestino, 1987).

En los últimos años, y basándose exclusivamente en las memorias de excavación de Maluquer hasta 1986, Almagro ha reinterpretado el significado del edificio, confiriéndole un carácter palacial, aunque a medida que ha ido avanzando en su investigación también va profundizando cada vez más en su carácter religioso, hasta definirlo en su último estudio como palacio sacro o santuario palacial (Almagro, 1996, 55, 75, con bibliografía completa de sus anteriores trabajos). Su interpretación de la funcionalidad del complejo arquitectónico no difiere en mucho de la expuesta por Maluquer en el último momento (Maluquer, Gracia, Munilla, Celestino, 1987, 43); igualmente, no pone en duda el origen oriental del edificio, aunque restringiendo su procedencia al área sirio-palestina (Almagro, Domínguez de la Concha, López, 1990, 285). Más novedosa e importante es su aportación en cuanto al significado del edificio y a la consideración final sobre la estructura socioeconómica y político-religiosa que lo inspiró. Basándose en los patrones italianos definidos por Torelli, sostiene la existencia de formas sociales cercanas a la organización de ciudades-estado para toda la zona tartesioibérica, que estaría regida por monarquías de carácter sacro (Torelli, 1983; 1996). Esta hipótesis, aplicada a Cancho Roano, ha sido acogida con cierta cautela al no haberse tenido en cuenta los últimos trabajos publicados y a la espera de las excavaciones que en la actualidad

se están llevando a cabo, aunque la idea sobre la estructuración social tartésica y posteriormente ibérica parece bastante coherente y podría aplicarse perfectamente a otros edificios del área ibérica que, por otra parte, gozan de una problemática muy diferente a la que ofrece Cancho Roano (Moneo, 1995, 251).

Debemos tener presente en primer lugar, que el complejo arquitectónico de Cancho Roano se encuentra totalmente aislado en un paisaje dominado por el encinar, ecosistema que según los análisis polínicos no han variado en absoluto del que ofrecía hace veinticinco siglos. La finca de Cancho Roano se encuentra enclavada en una extensa llanura limitada al oeste y al este por sendas sierras que configuran un valle muy propicio para el pasto y la agricultura de secano. El yacimiento se ubica junto al arroyo Cigancha, afluente del Ortigas, en cuya desembocadura, unos 25 kilómetros al norte, se encuentra la necrópolis de Medellín, ya en su confluencia con el Guadiana (Almagro, 1977; 1991). El arroyo Cigancha confiere al monumento su primera particularidad física destacable, pues su cauce es inagotable incluso en la época estival o en los largos períodos de sequía sufridos en los últimos años, esto es debido a la existencia, unos 400 metros al sur, de manantiales que permiten este privilegio natural. La segunda particularidad es su construcción en el llano, sin buscar ninguna elevación del terreno circundante, lo que hace que el edificio resulte imperceptible desde cualquier punto mínimamente alejado de su entorno inmediato, camuflado además entre el bosque de encinas y las suaves lomas que jalonan el valle; lógicamente, desde el edificio hay un limitadísimo control visual del territorio, apreciándose con claridad tan sólo las sierras antes mencionadas. Por lo tanto, parece que la intención de sus constructores no era precisamente la de mostrar un símbolo de poder a indígenas y viajeros, sobre todo si tenemos en cuenta que el yacimiento no se encuentra en el eje de la vía que comunicaba estas tierras con el Guadiana o en el acceso directo a tierras andaluzas, aunque sí en sus inmediaciones. Por último, el santuario está orientado al este, frente al arroyo Cigancha, del que dista tan sólo 60 metros, sin embargo, una vez cruzado éste, hay una pronunciada loma que impide cualquier perspectiva más allá de un centenar de metros. Pero como si la naturaleza no hubiera sido ya generosa con la presencia del arroyo, sus moradores construyeron un profundo pozo en el patio del santuario, coincidiendo con su eje principal, que aún hoy mana gran cantidad de

agua. En un principio pensábamos que habían buscado el nivel freático del cercano arroyo, pero estudios posteriores han atestiguado la presencia de una gran vena de agua que cruza el yacimiento en dirección norte-sur y que sirvió no sólo para alimentar el pozo, sino también al foso que rodea completamente el santuario y que lo mantuvo continuamente con un mínimo nivel de agua, como aún hoy se puede comprobar.

La planta del palacio-santuario tiene una clara inspiración foránea (Fig. 1), tal vez con un origen remoto en los palacios del área sirio-palestina, aunque cualquier comparación directa con esas construcciones orientales resulta cuanto menos problemática. No podemos olvidar que los palacios a los que aluden tanto Maluquer como Almagro poseen unas dimensiones que a veces cuadruplican la de Cancho Roano, se integran en ciudades de carácter plenamente urbano y carecen de algunos elementos arquitectónicos relevantes como el foso o las áreas de ofrendas; independientemente de la diferencia cronológica entre sendos momentos de construcción. Uno de los elementos aducidos para esa analogía formal, la entrada en recodo al monumento, se ha demostrado claramente que pertenece al último momento constructivo del santuario, pues en las fases anteriores esta se realizaba por el fondo del patio, conservándose aún el acceso posteriormente tapiado. Tampoco es correcto decir que el monumento se construyó sobre la gran terraza de piedra a modo de podio, sino que esta terraza también fue añadida en una fase muy avanzada del edificio, encintándolo completamente, pero las paredes de adobe tienen su propio cimiento de piedra al que finalmente se adosó la terraza.

En fin, si no deja de ser cierta la inspiración oriental de la planta, por otra parte común igualmente a otras zonas del Mediterráneo occidental, también es clara su originalidad dentro del panorama arquitectónico peninsular, y si buscamos plantas arquitectónicas más análogas, tanto en su funcionalidad, en sus dimensiones, como en su cronología, parece más evidente su relación con algunas construcciones de la península italiana, de donde proceden algunos de los materiales más característicos de Cancho Roano (Celestino, 1991, 449) y de otros yacimientos peninsulares, inaugurándose un comercio directo con el noreste desde inicios del siglo VI y posiblemente llegados a través de intermediarios foccos desde Emporion al suroeste peninsular (Domínguez Moneo, 1991, 269). Me refiero a los santuarios etruscos, y más concretamente al santuario de

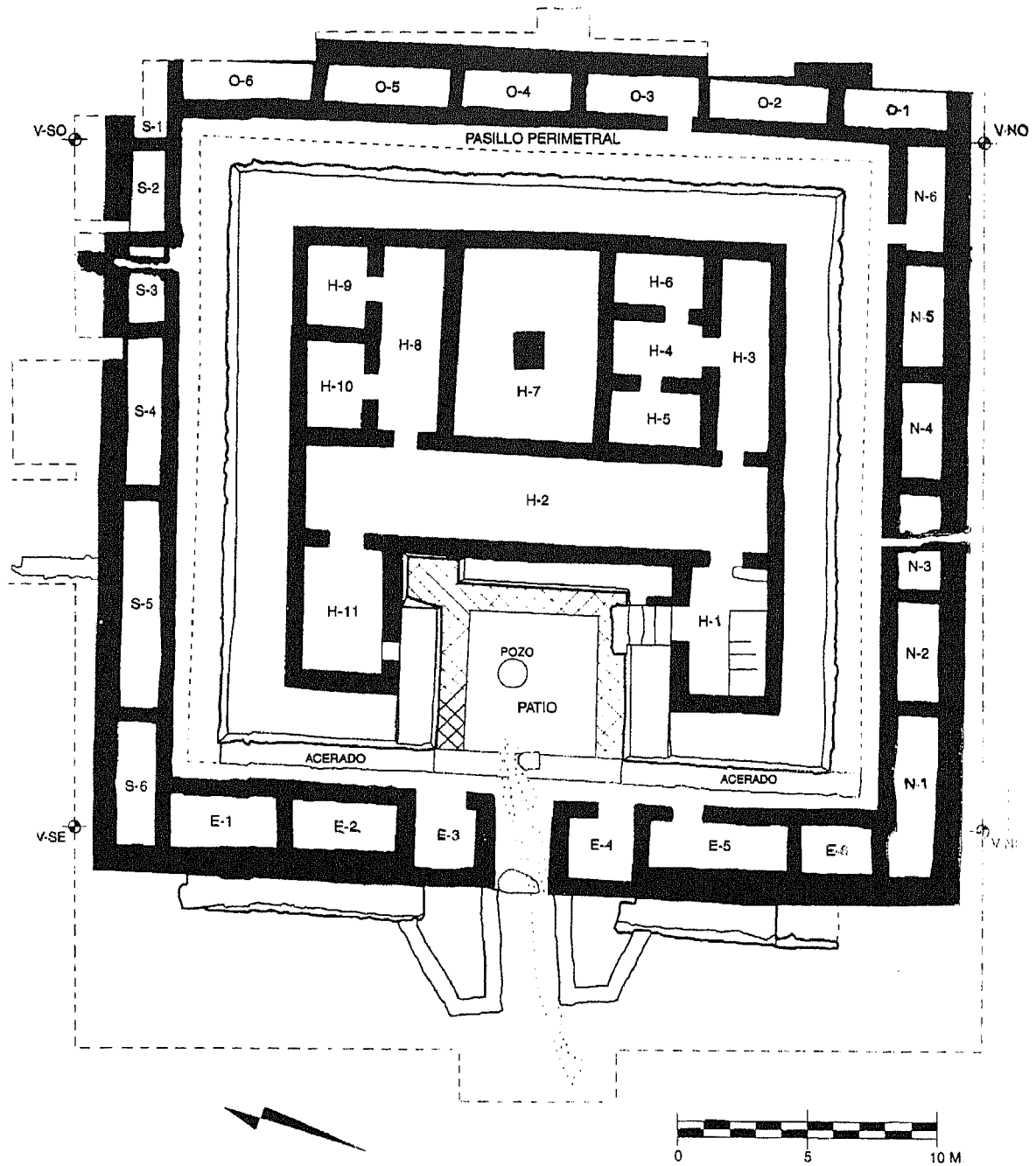


Figura 1. Planta general de Cancho Roano A. El plano se completa con el foso que rodea totalmente al monumento.

Pyrgi (Pallotino, 1964; Colonna, 1985), perteneciente al área de influencia de Caere y que comparte con Cancho Roano su función, su planta arquitectónica y su situación en el territorio, aislado en el paisaje a más de 13 kilómetros de su puerto homónimo, a cuya área de influencia pertenece. A este respecto es cierto que no conoce-

mos ningún poblado de la época que pueda relacionarse con Cancho Roano, aunque faltan prospecciones de la zona que nos despejen esta incógnita verificada, sin embargo, en los inmediatos alrededores.

En este sentido, no podemos olvidar que el poblado de Medellín se encuentra a unos 25 kiló-

metros al norte de Cancho Roano, situado en un alto cerro sobre el Guadiana desde donde se domina una gran extensión del territorio y un importante vado, aunque apareció prácticamente arrasado por las obras de construcción del castillo medieval (Almagro, 1977); sin embargo, últimamente parece constatarse la presencia de restos de hábitat en su entorno más inmediato, lo que podría significar una compleja organización urbana del asentamiento desde al menos el siglo VIII (Jiménez, Haba, 1995, 243). Medellín podría considerarse como el centro sociopolítico de todo este vasto territorio, donde no olvidemos que se han encontrado bastantes muestras de la cultura orientalizable (Celestino, 1995). La continuidad poblacional de Medellín no se interrumpió en la época prerromana, manteniendo su apogeo hasta al menos el cambio de Era, cuando cede su importancia estratégica por la fundación de Mérida. La cronología del último edificio de Cancho Roano parecía desligar el santuario de la mayor parte de los restos más significativos de la necrópolis de Medellín, cronológicamente algo más antigua, sin embargo, el hallazgo de los dos santuarios anteriores contemporiza sin duda ambos yacimientos, y Cancho Roano podría interpretarse como un centro religioso dependiente de Medellín, ocupando un punto geográfico intermedio en su comunicación con la zona meridional de la Península. En este aspecto estamos pendientes de las excavaciones y estudios de otros edificios de similares características constructivas que jalonan este mismo eje de comunicación, bien hacia el sur, o bien siguiendo el valle del Guadiana (Jiménez, Domínguez, 1995). Aunque parece claro que estos edificios, además de su técnica constructiva, tienen un claro paralelismo cronológico con Cancho Roano, no podemos definir aún su funcionalidad, y quizá cubren otros aspectos socioeconómicos de este territorio aún por determinar.

En Pyrgi se erigieron dos templos (Fig. 2), el primero de ellos, el templo B, es de fines del siglo VI y tiene una planta periptera de tipo griego que enmarca la *cella*. De mayor interés para nosotros es el denominado templo A, construido a principios del siglo V y con una planta de sabor puramente etrusco, tripartita, con una gran habitación central o *cella* y las dos laterales o *allae* compartimentadas en dos espacios. El santuario tiene planta cuadrada, y sorprende la similitud de sus medidas con las de Cancho Roano, 23 metros aproximadamente por cada lado en ambos casos, lo que podría inducirnos a pensar en la existencia

de una unidad de medida equivalente aplicada a este tipo de construcción que, aunque por ahora sólo sea una mera suposición, cada vez parece más necesario constatarlo ante la presencia de otro complejo de similares características a los anteriores, el edificio portugués de Abul, cuya planta cuadrada, mide igualmente 23 metros por cada lado (Mayet, Tavares da Silva, 1994, 24). Entre los dos templos de Pyrgi se edificó el área C, donde se halló un altar ctónico y un depósito de ofrendas protegido de las posibles destrucciones del edificio, lo que también nos remite al muro superior construido en la esquina noroccidental de Cancho Roano para proteger las ofrendas de la destrucción final del edificio, y que ha permitido que llegaran hasta nosotros sin apenas alteraciones. También llama la atención la existencia de un témenos y muros rodeando todo el complejo cultural de Pyrgi, sólo parcialmente excavados, así como la presencia de un foso o canal localizado junto a los santuarios, pero ya extramuros, que corre paralelo por la zona oriental, también parcialmente excavado, por lo que no sabemos si rodearía en su totalidad la zona sacra (Colonna, 1985, 123). Por último, junto al templo B y en paralelo al foso, se han excavado una veintena de pequeñas estancias que se han puesto en relación con la práctica de la prostitución sagrada, sobre todo a partir de la interpretación que Torelli dio a otros espacios excavados en el santuario de Gravisca y basándose en las continuas alusiones de los textos clásicos a esta actividad en los santuarios etruscos, práctica derivada de la tradición fenicia y por lo tanto seguramente importada por los mercaderes orientales, con la finalidad de enriquecer con la venta de su cuerpo al propio santuario y así conseguir la dote para su liberación (Torelli, 1996, 150). Esta práctica pudo ser factible en Cancho Roano, aunque no disponemos de elementos objetivos para confirmarlo, a pesar de que se han manejado datos sobre la presencia de restos de seis mujeres y un hombre entre las cenizas del santuario que son absolutamente inciertos (Almagro, Domínguez de la Concha, López, 1990, 277). Maluquer, ante su sorpresa por la ausencia de huesos, si se tiene en cuenta que además interpretó la última fase del edificio como un gran *ustrinum*, tan sólo hace una confusa referencia a la presencia de algún fragmento de hueso humano sin confirmar, como una cabeza de fémur o dos pequeños fragmentos de mandíbula (Maluquer, 1981, 52), sin embargo, tras los análisis efectuados últimamente, no han podido ser convalidados. Maluquer pensaba que tras las cremaciones se

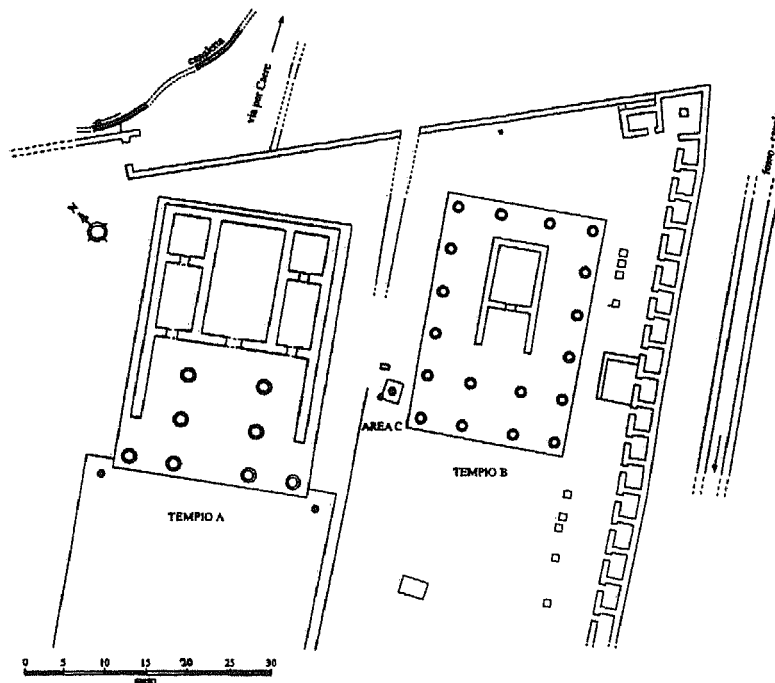


Figura 2. Los templos A y B del santuario de Pyrgi (según Colonna).

realizaría una exhaustiva recogida de los restos óseos que posteriormente serían depositados en urnas enterradas en la necrópolis que siempre creyó organizada alrededor del santuario, donde hoy se disponen las capillas.

También en la estructuración social que se genera alrededor de estos centros, se aprecia una paulatina ubicación de artesanos que no sólo sirven al santuario, sino que al mismo tiempo aprovechan sus mercancías para introducirlas entre los mercaderes extranjeros que se acercaban a él para realizar sus transacciones como lugar neutral, aunque sea bajo la segura tutela de un centro de poder de carácter urbano, al modo de los santuarios orientales. Aunque es muy arriesgado exportar este modelo de los santuarios itálicos a Cancho Roano, no cabe duda de que esa organización artesanal en sus inmediaciones es más que probable, sobre todo si tenemos en cuenta que tanto de los análisis de los bronceos y de las pastas cerámicas, como por la presencia de marfil en bruto o los numerosos telares descubiertos, se infiere la existencia de artesanos en los alrededores del santuario, aunque este extremo aún no halla sido verificado por las excavaciones.

Son muchas las novedades que ha ofrecido Cancho Roano en los últimos años, pero a pesar de

ello, aún se siguen haciendo interpretaciones del yacimiento en base a las memorias y artículos de Maluquer o a la reinterpretación que después elaboró Almagro, igualmente basada en las primeras memorias de excavación. Por ello creo conveniente recordar algunos de los recientes hallazgos; la nueva interpretación que de los mismos se deduce, recogidos en varios artículos y memorias elaboradas a partir de 1989 (Celestino, Martín, 1996 con bibliografía completa de los diferentes trabajos) y, por último, dar a conocer datos todavía inéditos que profundizan aún más en el significado cultural del yacimiento.

Desde 1987 se vienen excavando las estructuras que rodean al edificio principal, del que tan sólo quedaba por descubrir buena parte de la habitación 7, la estancia principal del complejo arquitectónico y sin duda la que ofrecía una mayor complejidad tanto arquitectónica como interpretativa. Nuestra labor consistía, por lo tanto, en verificar la presencia de una gran necrópolis que parecía rodear al edificio, así como intentar avanzar en los trabajos de H-7. Además, se nos abría la posibilidad de sondear en algunos puntos del exterior donde ya Maluquer había detectado la presencia de estructuras arquitectónicas pertenecientes a un edificio anterior. Hoy conocemos

todas las estructuras que rodean al edificio principal, se ha excavado en su totalidad H-7, se ha podido exhumar la totalidad del sector este, se han sondeado buena parte de las habitaciones del interior del monumento en busca de la planta de ese edificio más antiguo y se ha descubierto un gran foso que rodea y cierra todo el complejo arquitectónico. Por último, hemos podido sacar a la luz algunas estructuras de un tercer edificio, del que conocemos principalmente su habitación principal y que, definitivamente, es el santuario original del yacimiento. Del resultado de las excavaciones y del pormenorizado estudio del edificio principal se han podido corroborar algunas de las hipótesis ya esgrimidas por Maluquer, principalmente la que elaboró para justificar la destrucción del edificio, con un marcado carácter ritual. En este sentido, destaca el descubrimiento de nuevos vanos igualmente tapiados, en este caso de ventanas, así como la confirmación del sellado final del santuario mediante una capa de tierra apisonada que lo ocultó hasta nuestros días. Pero también se han tenido que desechar otras hipótesis, principalmente la que afecta al significado último que confirió Maluquer al monumento, pues parece evidente que en el último momento no se utilizó el edificio como *ustrinum* ni se realizaron sacrificios, sino que la totalidad de las cenizas son la consecuencia lógica del gran incendio final con el que se clausuró el santuario, mientras que la dispersión de algunos materiales por distintas zonas del edificio -aunque al final no han resultado ser tantos- se debió al hundimiento que afectó en primer lugar a la planta superior, como ya intuyera Almagro (1990, 277), ocupada en el último momento por H-7.

Si partimos del conocimiento completo de la planta del edificio principal de Cancho Roano y de la ingente cantidad de materiales aparecidos en su interior, sintetizaré a continuación los hallazgos realizados en los últimos años para completar la planta general del palacio-santuario. Los dos edificios más antiguos recuperados bajo el actual se denominan B y C, siendo éste el original.

CANCHO ROANO A

En los últimos años nuestros esfuerzos se han centrado principalmente en exhumar las estructuras arquitectónicas adyacentes al monumento (Figs. 3; 4; 5), donde Maluquer creía que se extendía la necrópolis y las habitaciones de los servidores del santuario. Las excavaciones han puesto de

manifiesto una realidad muy distinta, aunque paradójicamente acentúa el carácter cultural del asentamiento, son los denominados sectores norte (Celestino, Jiménez, 1993), oeste, sur y este (Celestino, Martí, 1996).

Se han descubierto una serie de estancias perimetrales que se organizan al exterior del monumento en forma de cuatro largas y estrechas naves compartimentadas en veinticuatro espacios, seis por cada lado, separadas del edificio principal por un témenos por el que se accede a las mismas. La entrada al monumento se realiza exclusivamente por el este, por lo que las estancias del sector oriental presentan un tamaño algo menor para dejar libre un espacio por el que se accede desde el exterior al patio. Los sectores norte y oeste ofrecían un excelente estado de conservación, debido principalmente a que en el último momento se construyó un muro de trazo muy irregular que impidió el hundimiento de las paredes sobre los objetos allí depositados. En estos sectores se mantienen buena parte de los alzados de adobe aún encalados, así como los suelos de arcilla roja sobre los que se han documentado varios depósitos de materiales hallados *in situ*. Los suelos estaban ocupados por un estrato de cenizas consecuencia del incendio intencionado al que fueron sometidas estas cámaras antes del abandono definitivo del lugar. Sobresalen especialmente los depósitos del sector norte, donde junto a las ánforas que contenían cereales o vino y la vajilla común con restos de alimentos, aparecieron sendos conjuntos de jarros y recipientes rituales de bronce que caracterizan este sector. Por el contrario, el sector oeste destaca por la presencia de telares y objetos relacionados con el trabajo textil, como fusayolas, agujas, pesas de telar, etc...; ánforas, diferentes y numerosos vasos cerámicos, vajilla griega o pequeños platillos rituales completan los depósitos de este sector, donde destaca especialmente la presencia de una escultura en bronce que representa a un caballo asexuado ricamente enjaezado (Celestino, Julián, 1991, 185). El muro perimetral exterior es de mayor envergadura y sobre su base se apoya una rampa de arcilla roja con un desnivel pronunciado que culmina en el gran foso, también perimetral al complejo arquitectónico. Esta rampa, donde se apoyan los canales que arrancan del témenos y, tras recorrer el interior de algunas de las cámaras, facilitan el vertido de las aguas recogidas en los pasillos, fue recubierta en el último momento por un terraplén de balastro ante el deterioro constante que sufriría la rampa de arcilla. Todo el muro exterior, siempre de adobe, conserva

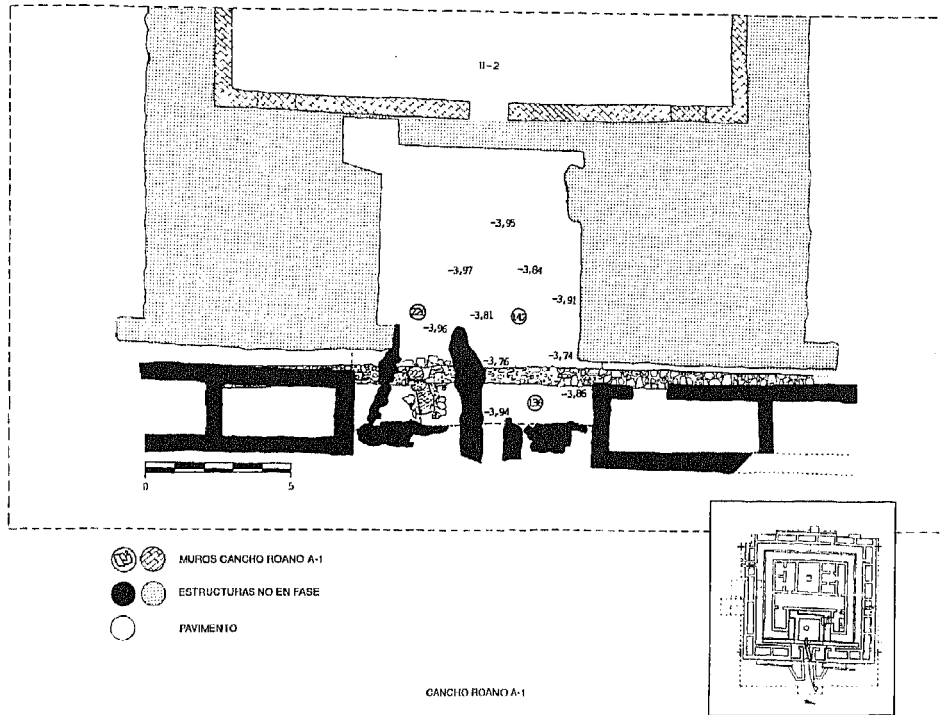


Figura 3. Evolución de la planta del yacimiento en el sector este: Cancho Roano A-1.

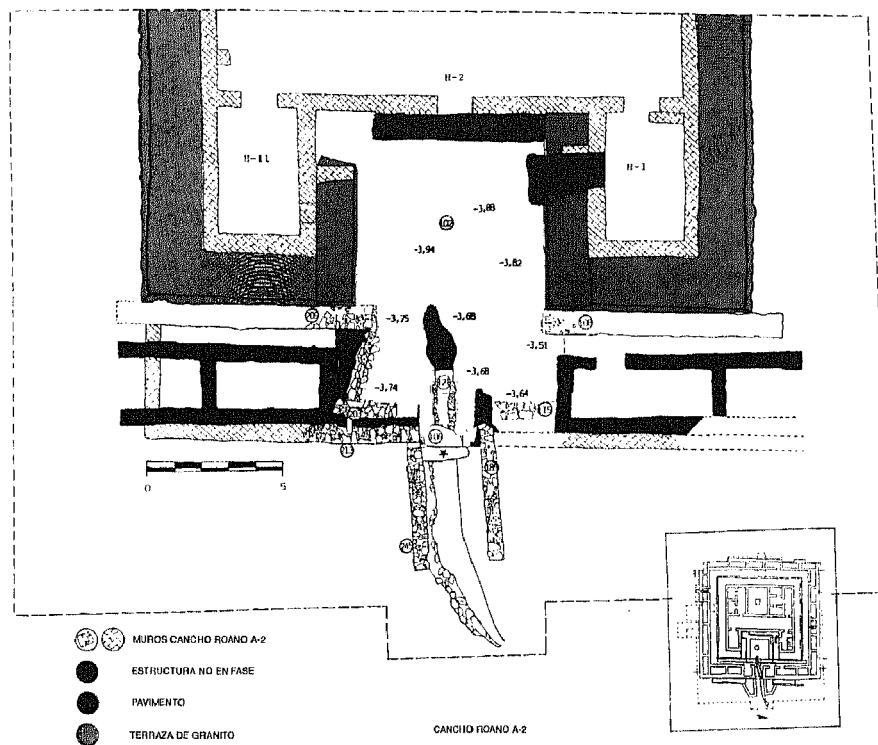


Figura 4. Evolución de la planta del yacimiento en el sector este: Cancho Roano A-2.

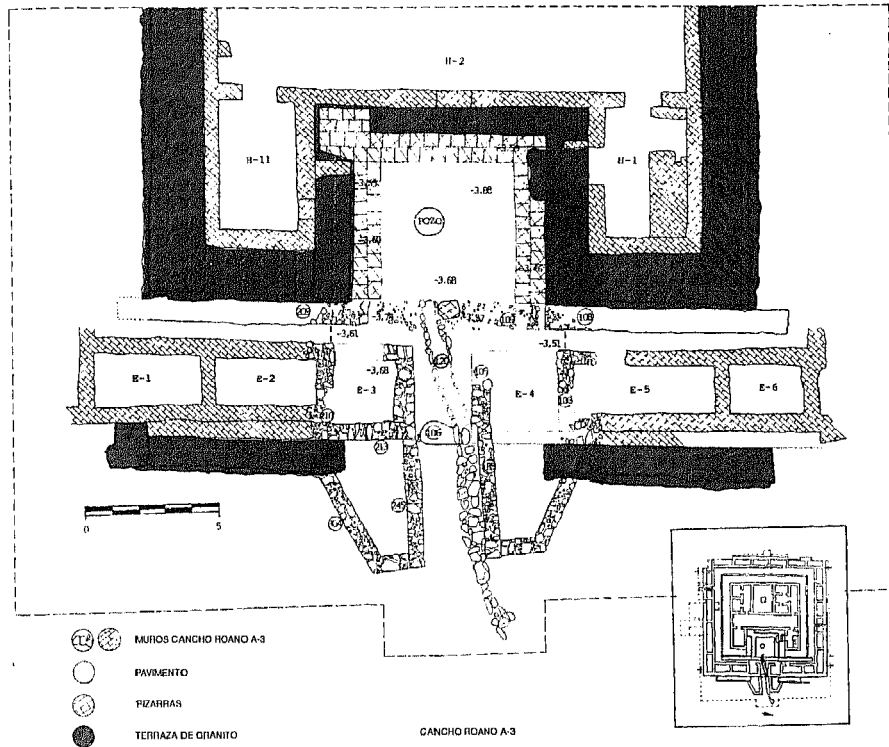


Figura 5. Evolución de la planta del yacimiento en el sector este: Cancho Roano A-3.

el encalado, en claro contraste con el intenso rojo de las rampas originales. Este juego del rojo y el blanco es una constante en los diferentes espacios del santuario, aunque resulta más espectacular precisamente en la estancia principal donde se construyeron los altares (Celestino, 1994, 299).

En el sector este se organiza la entrada monumental del edificio, aunque sin renunciar a la existencia de las seis cámaras, totalmente arrasadas y de menor tamaño para permitir una luz de 2 metros que facilita la entrada al complejo. Las rampas de los otros tres sectores fueron sustituidas aquí por una terraza pseudociclópea de similares características a la terraza perimetral del santuario, que a la vez sirve para sobre elevar y allanar este espacio ante el desnivel del terreno en busca de la cuenca del cercano arroyo. La terraza se interrumpe en la zona central para permitir la entrada y remata sus esquinas con sendas estructuras poligonales a modo de torres defensivas que, por lo tanto, flanquean el acceso al monumento. La entrada se realizaba mediante una leve pendiente constituida por lajas de piedra que a la vez tapaban el gran canal que recogía el agua proveniente del patio. Dos grandes peldaños de granito remataban la entrada, el inferior resultó ser una estela de guerrero del suroeste con la decora-

ción bien visible, lo que le confiere un simbolismo muy especial al acceso (Celestino, Martín, 1996, 288). Una vez salvada la escalinata, el visitante no alcanzaría directamente el patio, pues se ha descubierto el cimiento de un muro que cerraría el patio por su lado oriental, conservándose así mismo una gran piedra en el centro que serviría de umbral de entrada al mismo. Además, junto a esta piedra se halló una quicialera y restos del herraje de esa puerta por la que se accedería definitivamente al patio (Celestino, 1991, 265). El suelo de éste era de arcilla roja apisonada y el enlosado de pizarra, propuesto por Maluquer para toda su superficie, queda restringido únicamente a los laterales y el fondo del espacio, adosándose a las banquetas con un ancho de 0,60 metros. Por último, en el centro del patio se excavó un profundo pozo que se alimenta de una vena de agua que recorre gran parte de la finca en dirección sur-norte.

Este último aspecto del complejo coincide con la anulación de la entrada oriental desde el patio al edificio principal, ahora realizada en recodo por el flanco septentrional. Este momento concuerda igualmente con la construcción de la escalera de adobe de H-1 para acceder a H-7, construida en el último momento en la segunda

planta y de donde deben proceder muchos de los objetos de lujo esparcidos por los estratos superiores del edificio. Por último, destacar que el último complejo de Cancho Roano fue sometido a tres fases constructivas de diversa intensidad, aunque aquí sólo se describe su aspecto final, pero resulta de gran interés su evolución en estas fases para entender también la progresiva caracterización de su planta definitiva, conseguida sólo muy a finales del siglo V anE (Celestino, Martín, 1996, 296).

Todo el complejo arquitectónico está rodeado por un gran foso excavado en la roca, existente desde las primeras fases constructivas de este último edificio, hoy prácticamente descubierto. Este envuelve completamente al complejo monumental, constriñéndolo a un estrecho margen de terreno que sin duda dificultó las ampliaciones del último momento. El foso sólo se interrumpe ante la entrada monumental para dejar un pequeño istmo de acceso. Todo su fondo se halla repleto de materiales cerámicos y huesos provenientes de los desechos del santuario, pero se encontraría permanentemente con agua gracias a los sondeos que se realizaron en dos puntos equidistantes para perforar la vena de agua que aún hoy lo alimenta, a lo que hay que añadir las avenidas de agua en las épocas de lluvias procedentes de los numerosos canales de desagüe que jalonan todos los sectores del exterior.

En cuanto al interior del edificio, es importante hacer hincapié en los resultados obtenidos en las excavaciones que se han realizado en la habitación principal, H-7 o *sancta-santorum* del complejo, donde se llevaron a cabo unas modificaciones muy significativas que han ayudado a reinterpretar su función. En efecto, en los últimos momentos de la ocupación del santuario, H-7 fue macizada y anulada, por lo que Maluquer sólo pudo hallar un gran relleno de tierra apisonada desprovisto de los característicos estratos de cenizas y totalmente limpio de material. Sólo en su centro apareció un pilar cuadrangular de adobe de más de 3 metros de altura y enlucido por sus cuatro caras. El gran testigo que nos legó sin excavar nos ha permitido examinar ese relleno, compuesto de gran cantidad de adobes provenientes de la parcial destrucción de la habitación que, una vez saneada, tampoco aguantó la gran luz de la cubierta y se optó por clausurarla completamente y se levantó una nueva habitación sobre sus ruinas. Por lo tanto, en los últimos años en que fue ocupado el santuario, H-7 estaba sobreelevada de la planta principal, y de aquí procederían los materiales esparcidos

por el interior del edificio, generalmente ánforas, joyas y otros objetos de clara adscripción cultural. Este nuevo espacio superior obligó a construir una escalera de adobe en H-1 que diera acceso a la terraza para alcanzar la nueva habitación sagrada, momento que coincidiría sin duda con la construcción del nuevo acceso en recodo desde la banqueta sur del patio. La distinta técnica y textura de los adobes empleados para levantar la escalera de H-1, que además rompe el suelo de la habitación para apoyar sus cimientos; la fractura que se aprecia en la banqueta septentrional para encajar la nueva escalinata de piedra por donde hoy entramos en el monumento; así como la construcción irregular de la banqueta occidental, desde donde se accedía originalmente al edificio, parece avalarlo. Por último, sobre la terraza occidental y ocupando todo el espacio de H-7, se construyó un fuerte cimiento que sólo puede justificarse para soportar la nueva construcción del *sancta-santorum*. El pilar central de H-7 se prolongaría hasta el nuevo espacio superior y sólo la excavación de los edificios inferiores nos ha dado la clave para interpretarlo.

La funcionalidad religiosa de H-7 se ve potenciada por las estancias perimetrales adosadas al edificio principal, así, la convivencia de objetos de la más variada índole, las reducidas dimensiones de las diferentes cámaras (4 por 1,40 metros.), la dispersión de estos materiales por todo el espacio en posición original y, fundamentalmente, el carácter ritual de la mayor parte de estos objetos, es lo que nos ha llevado a interpretar estas estancias como "capillas" donde se depositaban las ofrendas a la deidad protectora del santuario, probablemente femenina y de carácter ctónico, que estaría representada en la habitación principal del santuario. Estas circunstancias son habituales en los santuarios orientales, concretamente fenicios y etruscos (Torelli, 1996, 150), siempre muy relacionados con centros de ámbito comercial, a los que sin duda pertenece Cancho Roano, al menos en esta última fase de ocupación. La protección de la deidad aseguraría la calidad de la mercancía, así como la equivalencia y los pesos. En este sentido es importante recordar el hallazgo de varios sistemas ponderales o de una balanza de precisión que muestran la existencia de una unidad de peso y un control efectivo de las mercancías (Celestino, Jiménez, 1996, 76; García-Bellido, —). A cambio de facilitar y proteger los intercambios comerciales, la deidad recibiría tasas e impuestos en forma de ofrendas que serían administradas por los sacerdotes, como

parece bien atestiguado en todo el área mediterránea (Aubert, 1987, 242), función que podría ser igualmente compatible con la sacralización de vínculos entre las diferentes comunidades, como parece deducirse de algunos santuarios ibéricos (Ruano, 1988, 271).

La cronología de este último edificio se enmarca dentro del siglo V para todas sus fases constructivas, mientras que su incendio y destrucción debió acontecer muy a inicios del siglo IV. No obstante, hay que tener en cuenta la presencia de varios objetos que muy bien pueden fecharse en pleno siglo VI, caso de la escultura del caballo de bronce, el *aryballos* de Naucratis, el *infundibulum* etrusco, los dados de lidita, o algunos elementos de pasta vítrea, amén de otros materiales comunes de difícil adscripción cronológica, caso de los platos de tipo "margarita", los jarros de bronce o algunos recipientes rituales. Es posible que la presencia de estos objetos de mayor antigüedad en la última fase del santuario sean materiales ofrendados por el valor intrínseco de su propia antigüedad o, lo que parece más probable, que sean objetos reaprovechados de las fases más antiguas del yacimiento. No podemos olvidar tampoco la presencia de la estela de guerrero que se aprovechó como uno de los escalones de acceso al santuario o la punta de lanza de bronce con nervadura central típica del bronce final (Celestino, Jiménez, 1993, 109), objetos que por su mayor antigüedad y simbolismo parecen avalar la importancia del lugar desde época prehistórica.

Por lo tanto, el carácter sacro del yacimiento está fuera de toda duda, y aunque su planta arquitectónica nos pueda remitir a sistemas palaciales mediterráneos, hay aspectos importantes que lo desligan de esa función sociopolítica; en primer lugar, por el aislamiento del complejo, sin estructuras de poblado en sus inmediaciones y en un paisaje donde no existe ninguna posibilidad de control visual; por el hermetismo que ofrece el complejo monumental, con una sola entrada orientada a la salida del sol; por los depósitos u ofrendas que ocupan la práctica totalidad de las capillas perimetrales, lo que anula cualquier posibilidad de ser habitadas o ser consideradas como almacenes, tanto por la variabilidad de los materiales aparecidos como por la asimilación de estos con claros objetos de culto; por la práctica ausencia de armas; o por la presencia casi obsesiva del agua, que pudo ser por sus cualidades salutíferas la causa de la elección de este centro. Hay elementos que profundizan aún más en este sentido, como los cuarenta molinos barquiformes de gran tamaño cuya presen-

cia sólo puede justificarse por la elaboración en masa y en un corto espacio de tiempo de algún tipo de torta o dulce con el que se obsequie o adquiriera el peregrino que se acercara al santuario en una fecha o fechas muy determinadas del calendario, tal vez coincidiendo con los solsticios o bien con tareas agrícolas de las que necesitan protección, como la época de la siembra o la recolección. Similar justificación debieron tener los telares hallados tanto en

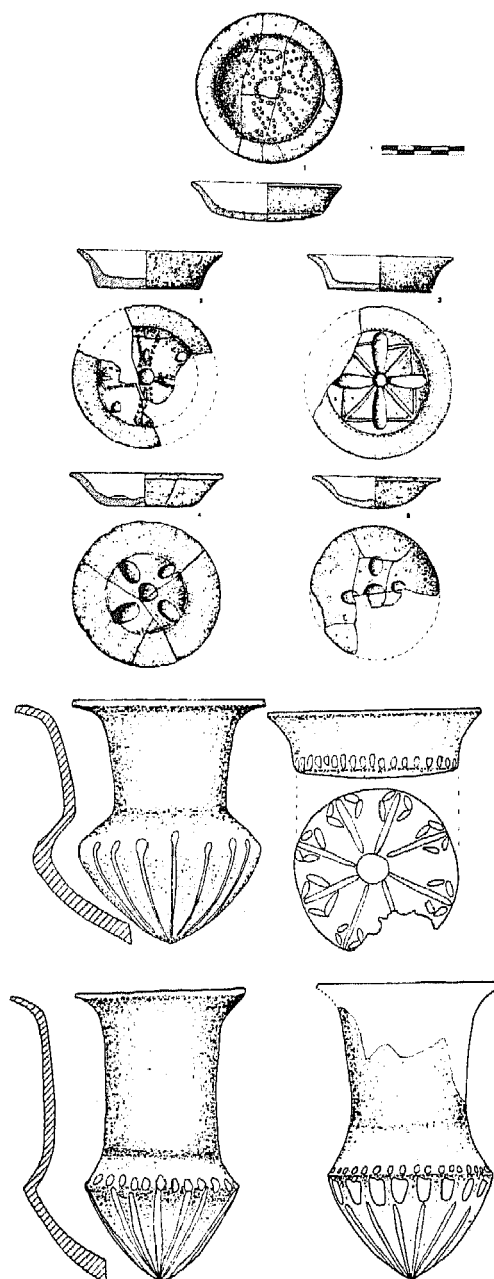


Figura 6. Platos tipo "margarita" de las capillas del sector oeste y vasitos culturales del interior del edificio.

el interior del edificio como en las capillas perimetrales del sector oeste, a los que hay que añadir los centenares de fusayolas y pesas de telar encontradas totalmente dispersas por todo el yacimiento.

Existen otras circunstancias que pueden acrecentar esa primordial función sacra del complejo, como los vasitos rituales denominados de "margarita" (Maluquer, 1981, 88). Son pequeños platitos troncocónicos de cerámica fabricados a mano y con un excelente bruñido metálico, con una media de 7 centímetros de diámetro y 2 centímetros de altura (Fig. 6). Presentan las bases lisas o cóncavas generalmente decoradas con motivos florales mediante impresiones, incisiones, rehundimientos y acanaladuras. La presencia de estos platitos es muy numerosa en el interior del santuario, donde se han localizado más de veinte ejemplares enteros y fragmentos de al menos otra decena, pero también están muy bien representados en las capillas perimetrales del sector oeste, de donde proceden otros nueve ejemplares (Celestino, Jiménez, 1996, 92). Entre estos cabe destacar la presencia de un modelo que escapa sorprendentemente a la tipología general de estos vasitos, pues tiene una base convexa muy pronunciada y fue decorado por el interior mediante, y esto es lo más llamativo, la técnica denominada de pastillas repujadas, totalmente desconocida tras su presencia en el calcolítico (Hurtado, Amores, 1982). También es ilustrativo el hallazgo de uno de estos platitos en los niveles inferiores de la estancia O-3, donde se practicó un sondeo para calibrar la potencia de esta zona hasta la roca virgen, lo que prueba la presencia de estos pequeños objetos a mano desde los momentos más antiguos de la fundación de Cancho Roano. Por último, y muy relacionados técnica y decorativamente con los platitos de "margarita", destaca la presencia de tres vasos cilíndricos aparecidos en el interior del edificio con los bordes acampanados y el cuerpo inferior piriforme y acabado en punta, por lo que deberían estar depositados sobre pequeños soportes (Maluquer, 1981, 90); aunque evidentemente no poseemos la certidumbre de su función, sus pequeños tamaños, formas y decoración nos acercan al mundo ritual mediterráneo, de donde con buenas dosis de personalidad, proceden estos tipos cerámicos (Domínguez, 1989, 11).

Existen otros objetos que, aunque menos determinantes y por lo tanto más susceptibles de ser sometidos a otras interpretaciones, pueden ayudar a sostener esta interpretación. Me refiero al hallazgo de las numerosas copas áticas de tipo Cástulo, a las ánforas conteniendo vino o al *infundibulum* etrusco, que nos acercan a unos rituales de

tinte mediterráneo siempre asociado con el mundo del ritual religioso y de la muerte, sobre todo si tenemos en cuenta la desproporción numérica de estas piezas para que formen parte de la vajilla personal de un sólo individuo destacado socialmente de la comunidad. Por último, referirme a los arreos de caballo aparecidos en el interior del edificio, cuya mayor particularidad es su total realización en bronce, destacando la presencia de bocados de pinchos, también elaborados en bronce, y que hoy por hoy son un ejemplo único en la Península, máxime si tenemos en cuenta que ya está totalmente generalizado el bocado de hierro (Kurtz, 1991); lo que confiere a los arreos un sentido eminentemente ritual.

No obstante, son las circunstancias en que acontece la destrucción de todo el complejo monumental lo que muestra de manera más patente el profundo sentido religioso del complejo. Los pormenores de esa destrucción intencionada ya han sido referidos en varias ocasiones (Maluquer, 1981, 49; 1983, 140), con la incorporación de nuevos detalles a través de las últimas excavaciones, como el tapiado de los vanos de las ventanas halladas en el edificio o la construcción de un muro protector para evitar que el derrumbe deteriorase los objetos ofrendados en las estancias perimetrales. Al importante hecho de que los materiales aparezcan depositados en su lugar original, pues insisto en que parece demostrado que los objetos fragmentados y esparcidos por el edificio son la consecuencia directa del derrumbe de la planta superior, hay que añadir el posterior sellado a que fue sometido todo el complejo, realizado mediante el echado de una capa de tierra compactada con agua, lo que debió suponer una movilización general de los fieles de los alrededores. Esta particularidad pone de manifiesto la premeditación con que se llevó a efecto su destrucción, recuperándose posiblemente sólo los sacra para perpetuar el ritual en otro lugar. El sellado no afectó al foso por el improbable trabajo que ello hubiera supuesto, sin embargo, éste apareció colmatado de restos de época romana, bajo las que se halló el nivel protohistórico. Es curioso advertir como todo los inmediatos alrededores del complejo se encuentran completamente ocupados por construcciones de época romana, cuyos moradores aprovecharon el foso como vertedero y, sin embargo, nunca ha aparecido el más mínimo fragmento de cerámica romana en el espacio ocupado por el complejo monumental. Aún es muy pronto para saber la funcionalidad de esas estructuras que se organizan en el entorno inmediato del santuario, así como la época de la que arrancan, pero es muy

ilustrativo el hecho de que respetaran el túmulo formado por su autodestrucción, lo que nos hace recapacitar sobre la posible existencia de una memoria histórica basada en el carácter sacro del asentamiento, esto sin poder considerar aún la función de estas construcciones, que se extienden hasta más allá del arroyo Cigancha.

Pero la sacralidad del lugar está fuera de toda duda a partir de la excavación de los dos edificios hallados bajo el complejo actual, son los denominados Cancho Roano B y C. Del primero de ellos hemos recuperado buena parte de su planta por las excepcionales condiciones en que fue destruido, para a continuación levantar el monumento actual. Algo muy similar ocurrió con el edificio original, el C, del que sin embargo resulta más difícil recomponer su planta por los problemas técnicos que presenta su excavación sin poder dañar las estructuras más modernas.

CANCHO ROANO B

Las excavaciones de los últimos años se están centrando en la exhumación de los restos constructivos del edificio inmediatamente anterior al complejo monumental actual (Fig. 7). El edificio presenta un estado de conservación inmejorable debido a que sus muros en ningún caso fueron aprovechados para cimentar el último santuario y, en segundo lugar, a que toda la construcción fue destruida cuidadosamente, derrumbando los alzados de sus paredes hacia el interior, hasta formar un estrato de derrumbe que posteriormente fue apisonado y nivelado, erigiéndose sobre su ruina el monumento actual. Por lo tanto, tenemos fundadas esperanzas en poder levantar la planimetría completa de este segundo santuario, al menos en lo que a su edificio principal se refiere, pues conserva muros que en algunos casos sobrepasan el metro de altura, además de preservar los encalados internos, los suelos de arcilla roja y los vanos de comunicación entre las diferentes estancias. Sus dimensiones aún están por establecer, pero parece que tuvo un tamaño similar al actual, con una planta igualmente semejante. Alrededor del santuario actual, tanto en el patio como en las estancias perimetrales, se han localizado muros pertenecientes a este segundo edificio, ahora casi siempre al nivel de los cimientos, que indican la existencia de zonas de habitación en su entorno inmediato, no sabemos si con las mismas funciones que las capillas del último monumento.

Resulta sorprendente la calidad técnica de este segundo complejo, superior sin duda a la que

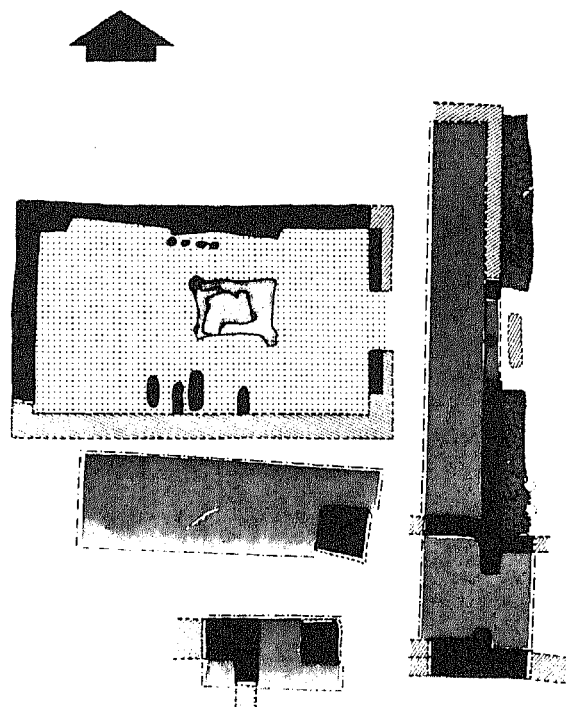


Figura 7. Planta parcial del santuario B de Cancho Roano, donde destaca el altar en forma de piel de toro extendida en el centro del ámbito principal.

se aprecia en Cancho Roano A. Las cimentaciones no se realizan sobre zanjas, como en el último momento, sino sobre muros de piedras muy regulares y trabadas con barro; los adobes son de mayor consistencia y elaborados en ladrillos con dimensiones estandarizadas; los suelos son de un intenso rojo y presentan sucesivas capas de arcilla que deben ser consecuencia de las continuas pavimentaciones a que fue sometido el piso del edificio; los enlucidos se realizaron a base de gruesas capas de caolín blanco perfectamente aplicadas sobre los muros, lo que ha permitido su magnífica conservación; y, por último, la habitación principal del monumento, que se corresponde prácticamente con H-7, fue amortizada con tierra y adobe para preservar de los daños de la destrucción el altar que centraba dicho espacio.

La fachada principal del edificio se encuentra igualmente orientada al este, aunque con el eje ligeramente desviado con respecto a la construcción posterior. El acceso se realizaba por el centro a través de una puerta de gran tamaño dividida en dos vanos por un poste central. La puerta principal comunica con una nave rectangular y alargada muy similar a H-2, frente a ella se abre una segunda puerta de menor tamaño por la que se accede a la

habitación principal del edificio y que se encuentra exactamente situada bajo H-7. La habitación está enmarcada por muros enlucidos de caolín de un blanco intenso y suelo de arcilla roja de un grosor medio de hasta 10 centímetros. En el punto central de la estancia conservaba un altar en forma de "piel de toro" extendida o "lingote chipriota" (Celestino, 1994, 299). El altar se construyó a base de adobes verdosos rectangulares idénticos a los utilizados en la construcción de la habitación; la plataforma del altar se levantó en forma rectangular para luego recortar ligeramente los cuatro ángulos y así darles la forma de piel de toro actual. En su tercio occidental, donde el altar adquiere la altura máxima, pues el resto estaba relleno de sucesivas capas de cenizas, tierras y guijarros, se superpusieron adobes de canto que posteriormente fueron moldeados por el exterior mediante tres rehundimientos curvilíneos en ambas esquinas, dando la sensación de gruesas columnas estriadas.

Cuando se decidió la destrucción del edificio para construir el complejo actual, toda la habitación fue amortizada con los adobes de las paredes vencidas, mientras que una gruesa capa de tierra tapaba completamente el altar para preservarlo de los destrozos que pudiera sufrir a causa del derribo. Precisamente, sobre esa capa de tierra, y por lo tanto sobre el altar del edificio B, se levantó el pilar de H-7, que se proyectaría después hasta la planta superior. Es decir, cuando se construye el complejo actual, la planta general del edificio se adaptó a las nuevas necesidades espaciales de sus moradores, pero sin embargo, la habitación principal o *sancta-santorum*, a pesar de estar ubicada ahora en una segunda planta, conservó las mismas dimensiones que la anterior y, lo que es más significativo, se fabricó un pilar que se proyectaba desde el altar del edificio B hasta la nueva planta superior, y sobre el que seguramente se erigiría el nuevo altar, un signo inequívoco de perpetuar un punto sagrado del santuario, conectados físicamente mediante la construcción del pilar cuadrangular.

La planta parcial que hoy conocemos del edificio B no parece que difiera en mucho de la utilizada posteriormente, sobre todo en su primera fase constructiva, cuando aún no existía ni la terraza perimetral, ni las habitaciones avanzadas de H-1 y H-11. Además, debemos tener presente que el acceso a Cancho Roano A, en sus primeros momentos constructivos, se realizaba por el centro de la fachada, por lo tanto en el mismo eje por donde se efectuaba la entrada a Cancho Roano B, que es a la vez el mismo eje donde se levantaron sendos

altares, el pozo del patio o la entrada monumental de aproximación al complejo.

CANCHO ROANO C

Los sondeos realizados en algunos puntos de Cancho Roano B para detectar la roca virgen sobre la que se levantaría el edificio, dieron como resultado el hallazgo de nuevas estructuras murarias pertenecientes a un edificio anterior, aún por calibrar en extensión, pero detectado en varias zonas del interior del monumento principal y en el patio oriental. A este nuevo edificio le denominamos Cancho Roano C, y procedimos a su detección en el espacio de H-7, por ser el ámbito más amplio para realizar una excavación en extensión y así poder corroborar la hipótesis de que se tratase de un espacio sacro desde los orígenes del yacimiento. La excavación se realizó en la mitad oriental de la habitación, por lo que hubo que levantar los gruesos suelos de arcilla de B, asentados sobre otro relleno de adobes, de distinta textura y dimensiones, que se correspondían con la destrucción de ese edificio primigenio. Una vez retirado todo el relleno, apareció un suelo rojo realizado con placas de adobe revestidas por una fina capa de arcilla roja. En realidad se volvían a repetir las mismas circunstancias que definieron la destrucción del monumento B, es decir, cuando se optó por destruir este edificio C, que en realidad es el monumento original, se relleno el interior de las habitaciones con los alzados de los muros para posteriormente apisonarlos y nivelarlos, formándose así una plataforma sobre la que se edificó Cancho Roano B.

La primera estructura que apareció está construida en la esquina suroriental de la habitación, interpretándose en un principio como un altar dada su cercanía con el eje de los altares anteriores, así como por su forma escalonada y perfectamente enlucida (Celestino, 1994, 301). Sin embargo, al levantar parte del suelo de la zona occidental apareció el extremo de una nueva estructura que se ocultaba justamente bajo el altar en forma de piel de toro. Ante el interés del hallazgo, optamos por realizar un molde del altar del santuario B y levantarlo para descubrir el que sería el altar del primer santuario. Este responde a una forma realmente original aún no constatada en otros yacimientos protohistóricos, pues no debemos olvidar que el altar en forma de lingote o "piel de toro" tiene sus referentes en el sureste peninsular, donde se ha atestiguado tanto en necrópolis

ibéricas, sellando la tumba de algún personaje destacado (García Cano, 1991, 321; Blánquez, 1992, 259), en el monumento de Pozo Moro, enmarcando el espacio donde se levantó (Almagro, 1983, 288), o en la orfebrería orientalizante (Celestino, 1994, 307).

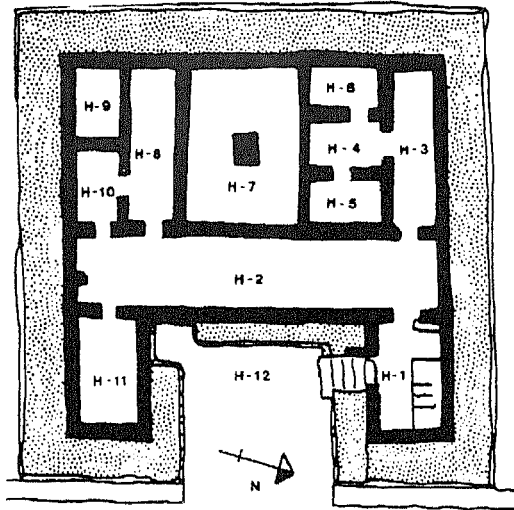
El altar de Cancho Roano C se encuentra, pues, en el eje donde se construyeron los dos posteriores, señalando un punto que no dejó de ser referente obligado de los futuros moradores de los diferentes edificios. El nuevo altar se dibujó sobre el suelo de la habitación mediante pequeñas piedras posteriormente cubiertas de arcilla para dar relieve al contorno. Es un círculo perfecto del que parte su triángulo muy cerrado que enmarca un vaso de cerámica realizado a mano y exento de decoración. El interior del círculo está ligeramente combado en el centro para facilitar que cualquier líquido derramado sobre el altar corra hacia los extremos, filtrándose por un pequeño orificio que vierte directamente sobre el cuenco. No conocemos la extensión de esta habitación, aunque probablemente coincida con el espacio ocupado por la habitación del edificio B, pues en este caso sí parece que parte de los cimientos del edificio original fueron aprovechados para construir el segundo santuario. Pero interesa sobre todo remarcar la importancia intrínseca de este altar, eje fundamental en torno al cual se llevaron a cabo todas las renovaciones constructivas posteriores (Fig. 8), fundamentalmente los accesos principales a los sucesivos complejos, o la excavación del pozo de la última fase, todo siempre orientado al sol naciente.

LA CUEVA DEL VALLE

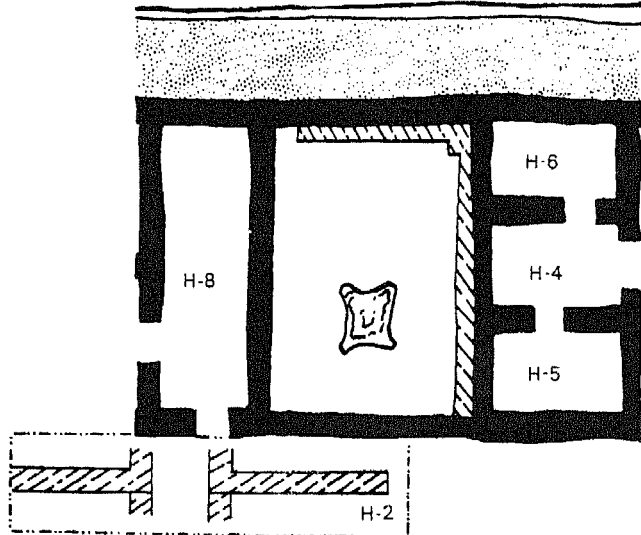
Ya se ha hecho alusión a las construcciones de época romana que se organizan alrededor del yacimiento orientalizante, fundamentalmente por su sector meridional, y a la ingente cantidad de restos materiales, igualmente romanos, que rellenaban el foso. También últimamente se ha excavado en la finca que se extiende al otro lado del arroyo Cigancha, concretamente en una elevación donde existe una gran cantidad de material romano en superficie y que se abordó ante la posibilidad de que pudieran encontrarse bajo sus restos estructuras protohistóricas susceptibles de ser relacionadas con el yacimiento orientalizante. Sin embargo, no hay el más mínimo resto de hábitat protohistórico en el lugar, ocupado en su totalidad, casi media hectárea, por un complejo arquitectónico aún por valorar, pues

aunque se encuentra muy arrasado, preserva todos sus cimientos en pie. Siempre hemos creído que se trataba de una *villae* romana de carácter agrícola, su situación junto al río y su ubicación en una zona con alta densidad en estos asentamientos romanos así parecía confirmarlo. Pero tampoco podemos descartar que se trate de algún otro tipo de edificio con un carácter singular, tal vez en consonancia con la sacralidad del lugar, rodeado de pequeñas construcciones cuya planta definitiva esperamos conseguir próximamente.

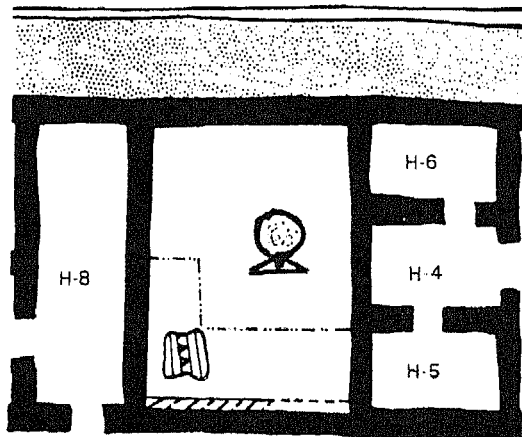
Más determinante es la existencia de la cueva del Valle, situada en la sierra de los Alacranes, también en el término de Zalamea y a unos 4 kilómetros al oeste de Cancho Roano, desde donde se controla visualmente. La cueva está ubicada en el punto más elevado de la sierra y se accede a ella fácilmente por su falda, presentando en el último tramo grandes afloraciones de granito que fueron en ocasiones devastados para crear plataformas que facilitarían la subida hasta la misma cresta de la sierra, directamente sobre el techo de la cueva. En este punto, desde donde se domina perfectamente el paisaje circundante, se practicó una explanada donde se aprecian claramente las huellas del trabajo humano, y donde se debieron llevar a cabo rituales de culto. En un lugar bien visible del profundo abrigo, en la parte superior, hay una inscripción romana realizada en letra capital que reza: - Q. CORNELIUS QUARTIO V I - y que algunos especialistas han traducido como "voto a Júpiter de Quinto Cornelio Quartio". La cueva, o más bien el abrigo profundo, tiene forma abocinada, con una profundidad aproximada de 6 metros y un piso relleno de tierra donde se recuperaron, a principios de los años setenta, una gran cantidad de figuritas antropomorfas de barro. En 1978 se practicó una intervención arqueológica por parte del Museo Arqueológico de Badajoz, cuyo director, J. M. Álvarez Martínez, realizó dos campañas en las que se abrieron varios cortes en la pequeña explanada que se abre frente a la cueva y donde se recuperaron una enorme cantidad de exvotos de barro y objetos de culto. Entre los exvotos recuperados, todos cocidos en barro rojizo y de factura muy uniforme, hay todo tipo de miembros, aunque abundan especialmente las cabezas y las figuras completas sexuales con los más variados tamaños, aunque ninguna sobrepasa los 30 centímetros (Fig. 9). Los exvotos se hallan aún en estudio, así como los materiales que acompañaban a estos exvotos, entre los que destacan lucernas, fíbulas, páteras, etc., que parecen fecharse durante una buena parte de la época romana.



Edificio "A".



Edificio "B".



Edificio "C".

Figura 8. Los tres edificios de Cancho Roano con sus respectivos altares.

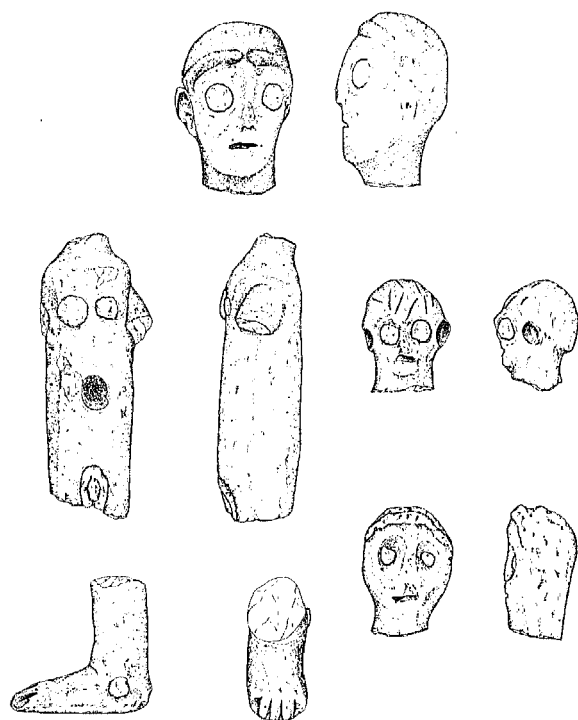


Figura 9. Exvotos antropomorfos procedentes de la Cueva del Valle.

Desde que ingresaron los materiales en el Museo de Badajoz nos llamó especialmente la atención la gran cantidad de pequeños vasitos realizados a mano, en contadas excepciones a torno, que en ningún caso sobrepasan los 10 centímetros de altura, todos realizados con pastas rojizas, desgrasantes muy gruesos y con las superficies rugosas y a veces alisadas, que ofrecían además una alta gama de formas (Figs. 10-15). Gracias a la gentileza de su excavador hemos podido dibujarlas y estudiarlas pormenorizadamente, aunque ahora me limitaré tan sólo a exponer algunos de los resultados más interesantes debido a la magnitud de los materiales y de su consiguiente estudio.

Se han podido clasificar 563 vasitos enteros, aunque es fácil que rondan el millar si se tiene en cuenta la gran cantidad de fragmentos aún por reconstruir. Ya he mencionado la enorme variedad de tipos que presentan, pero aquí quiero resaltar la importancia numérica de los que sin duda parecen imitar vasos, cuencos, ánforas y otras vasijas claramente adscribibles al mundo prerromano y, lo que es de mayor interés, la existencia de algunas formas análogas a vasos bien documentados en Cancho Roano. Entre estas destacan algunas anforitas de entre 8 y 10 centímetros de altura muy similares

a las púnicas recuperadas en Cancho Roano. Destaca particularmente uno de los pocos ejemplares realizados a torno que muestra claramente las características del tipo al que pertenece. Tienen forma ovoide, cuello atrofiado, boca estrecha y el hombro queda indicado por una carena. Pertenecen claramente al tipo CR-1 según la clasificación de Guerrero, y su presencia es constante en el medio día peninsular durante todo el siglo V, sin que se hallan documentado pervivencias en el siglo IV (Guerrero, 1991, 81). Otros vasitos parecen imitar objetos cerámicos profusamente representados en el yacimiento, aunque su miniaturización hizo muy difícil la copia de los modelos. Más comunes son los vasos que ya claramente imitan formas bien atestiguadas en los siglos siguientes, hasta la llegada de la romanización, también con una nutrida presencia de imitaciones, entre las que destacan los cuencos, cubiletes, vasos y, sobre todo, las urnas y los grandes contenedores. Gran importancia numérica tienen también los típicos vasos caliciformes, muy generalizados en los santuarios ibéricos, aunque aquí, a pesar de adaptarse perfectamente a los tipos, en ningún caso tienen la calidad de aquellos.

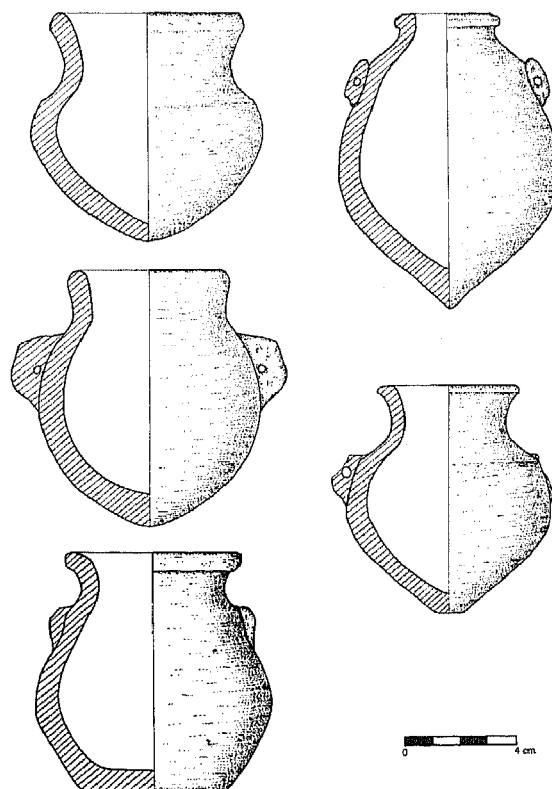


Figura 10. Vasitos culturales aparecidos en las excavaciones de la Cueva del Valle.

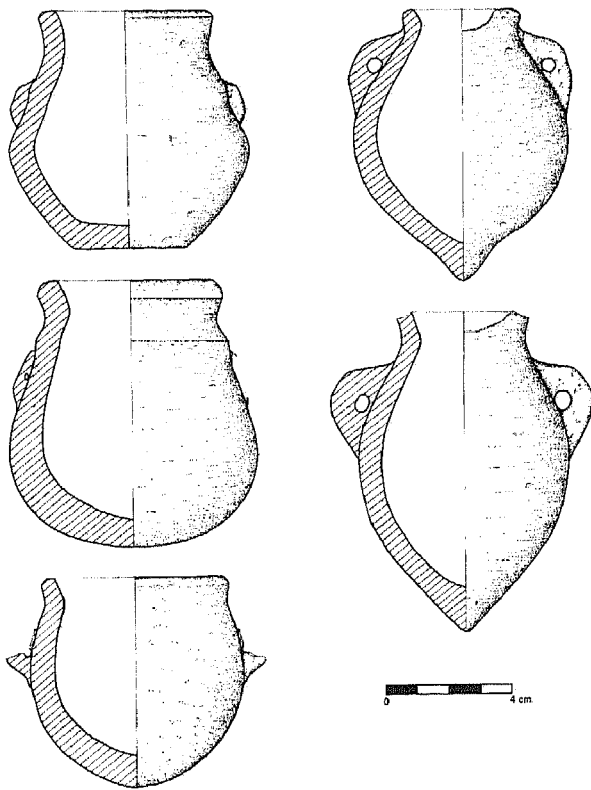


Figura 11. Vasitos culturales aparecidos en las excavaciones de la Cueva del Valle.

No disponemos de información sobre las excavaciones que se llevaron a cabo en la cueva, pero parece que todo el material se halló revuelto frente a su embocadura, lo que hace muy problemática su adscripción cronológica. Por algunos materiales recuperados, como platos de sigillata, lucernas, paredes finas, etc., parece que el santuario, tempranamente romanizado, pervivió hasta bien entrada la época imperial.

Parece, por lo tanto, que la Cueva del Valle inauguró su culto en las postrimerías del siglo V anE, o tal vez algo más tarde, coincidiendo con la destrucción ritual de Cancho Roano. Así al menos lo avalan las imitaciones cerámicas en miniatura allí encontradas, aunque su apogeo debió coincidir con el período prerromano, cuando disponemos de mayor información sobre asentamientos indígenas de la zona como Medellín, Magacela, Castuera o Benquerencia (Rodríguez Díaz, 1995, 105). La Cueva del Valle pudo así convertirse en un lugar de peregrinación similar al que anteriormente protagonizara Cancho Roano, aunque ya sin el carácter marcadamente comercial que éste tenía. Probablemente, la desaparición del sistema

sociopolítico que hizo posible la existencia del santuario protohistórico, amparado en un fuerte componente religioso, se vio truncado por causas aún difíciles de explicar, pero que obligaron a dismantlar una estructura de control con fuertes raíces orientalizantes. Pero su principal función, la religiosa, siguió vigente, y debió trasladarse el culto y las ofrendas que lo mantenían a la cercana Cueva del Valle. Tal sería la fuerza de la advocación, que el culto se conservó durante más de ocho siglos.

Es importante añadir, por último, el hallazgo de otro lote de cerámicas romanas y figuritas de barro antropomorfas procedentes de la misma villa de Zalamea, encontradas junto al arroyo del Estudio, muy próximo al Cigancha. Estos nuevos exvotos, tienen una factura bien distinta a los de la Cueva del Valle, pues están realizados a torno, al

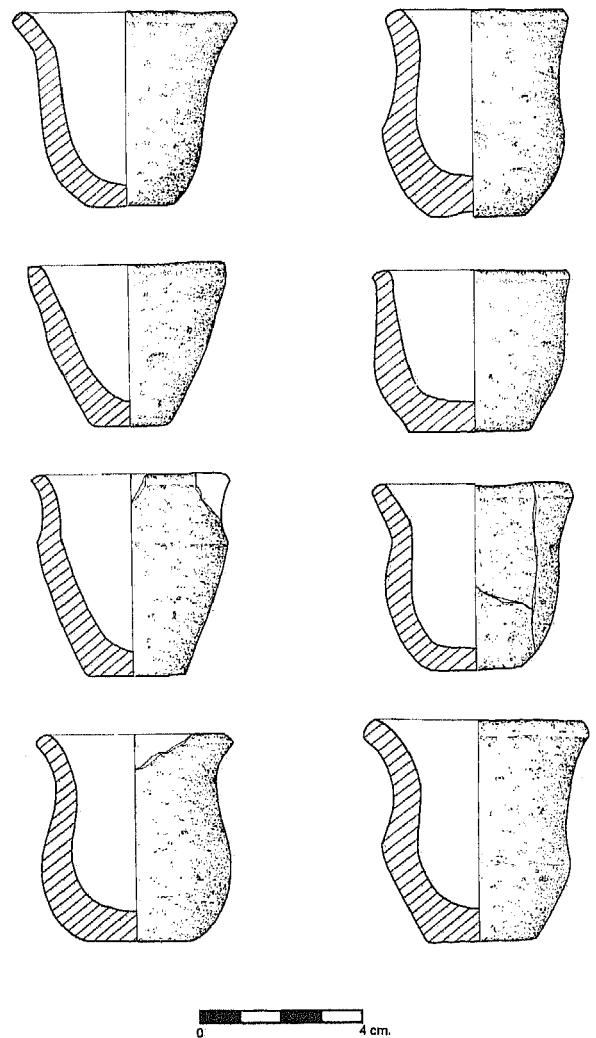


Figura 12. Vasitos culturales aparecidos en las excavaciones de la Cueva del Valle.

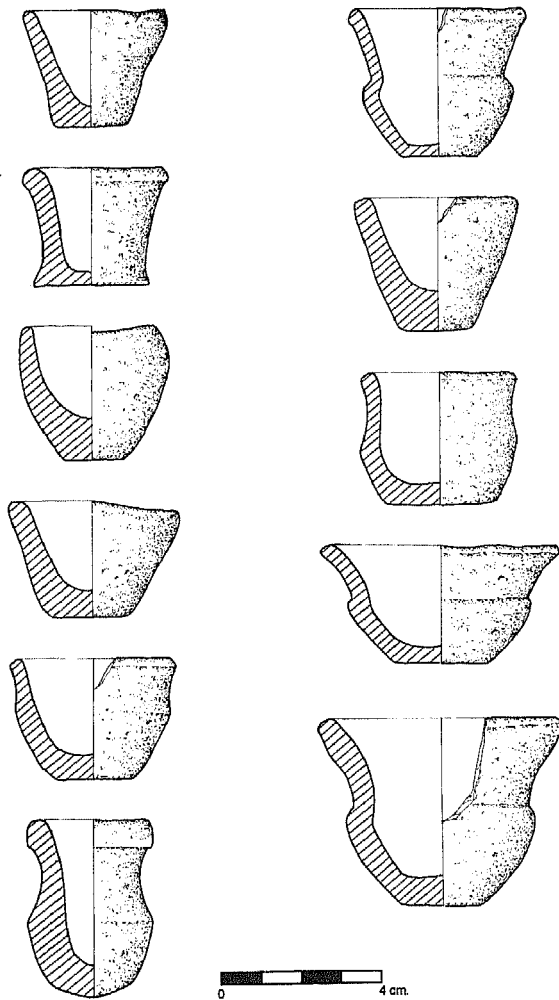


Figura 13. Vasitos culturales aparecidos en las excavaciones de la Cueva del Valle.

menos el volumen del torso, y las cocciones son algo más reductoras, además de ofrecer un mejor acabado. Junto al lugar del hallazgo hay una gran cantidad de restos romanos, adjudicados a lo que siempre se ha considerado como una necrópolis romana, si bien, nunca se han encontrado urnas o tumbas que lo avalen. El yacimiento, descubierto a principios de los años sesenta y del que no disponemos de información sobre los detalles de su hallazgo, se encuentra a la espalda del castillo medieval y, por lo tanto, a escasos metros del famoso *distylo* romano. Se nos antoja, y no quiero forzar el argumento, que tal vez el controvertido y original *distylo* de Zalamea, considerado por sus estudiosos como un monumento sepulcral (García y Bellido, Menéndez Pidal, 1963), pueda tratarse

de una construcción evocadora de alguna divinidad romana identificada con el ancestral culto indígena, pues ni se ha encontrado tumba alguna bajo el monumento, ni parece que su ubicación sea la más idónea para organizarse una necrópolis en sus inmediaciones. Es curioso advertir que el *distylo* se hallaba formando parte del campanario de la iglesia, hoy completamente exento gracias a las obras de restauración de Menéndez-Pidal, iglesia que se erigió sobre los restos de una mezquita árabe, lo que evidentemente puede ser consecuencia lógica del aprovechamiento arquitectónico de una estructura estable y elevada, pero que también podría responder a un simbolismo religioso muy bien documentado en otros monumentos hispanos, caso por ejemplo del templo ibérico de La Alcudia, descubierto bajo la basílica cristiana (Ramos, 1995). La posible continuidad del culto documentado en la Cueva del Valle pudo perpetuarse ahora en los alrededores de la nueva ciudad romana de Iulipa, cuando la estabilidad política permite con-

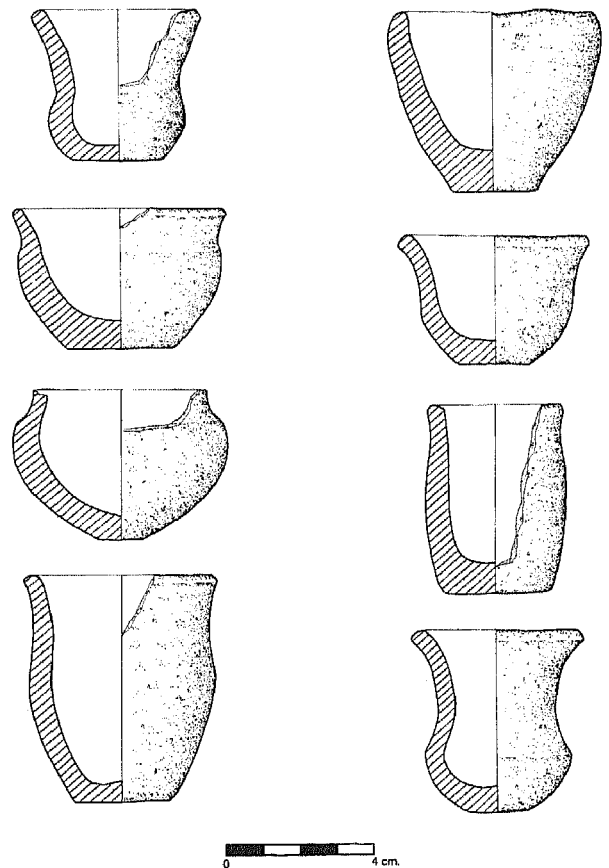


Figura 14. Vasitos culturales aparecidos en las excavaciones de la Cueva del Valle.

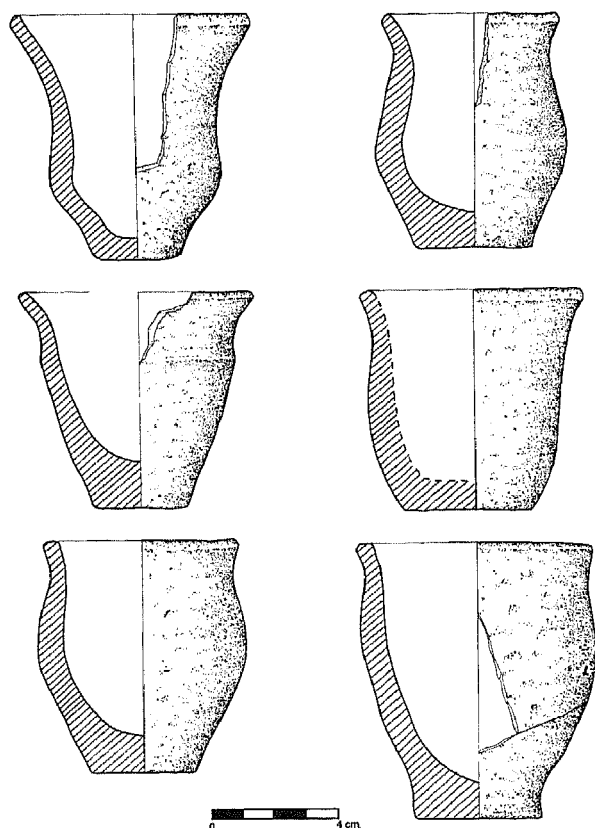


Figura 15. Vasitos culturales aparecidos en las excavaciones de la Cueva del Valle.

gregar el culto en un lugar más cercano de la población. Desde el *distylo*, además, se divisa sin dificultad tanto el yacimiento de Cancho Roano como la Cueva del Valle, es decir, todo el paisaje sacro de la prolongada historia de esta zona geográfica.

RECAPITULACIÓN Y CONCLUSIONES

Cancho Roano parece responder a una construcción ideada en un punto concreto del paisaje, relativamente alejado del eje principal de comunicación entre Andalucía y la Meseta, y en relación muy directa con la presencia de un arroyo de curso constante e importantes puntos de agua. La existencia de tres edificios superpuestos y las sucesivas modificaciones a las que además fue sometido el último complejo, nunca alteró el eje principal de estas construcciones, basado en la presencia, desde el monumento original, de los altares erigidos en los ámbitos más espaciosos de sendos santuarios que, por otra parte, conservaron las mismas

dimensiones. Tras la destrucción premeditada y de carácter ritual a que fue sometido el último complejo arquitectónico, se perdió tal vez la fundamental condición comercial del sitio, pero su carácter esencialmente religioso se perpetuó en la cercana Cueva del Valle, donde muchos de los exvotos y ofrendas recuperados imitan objetos documentados en los últimos momentos de Cancho Roano, perviviendo el culto hasta bien entrada la romanización. El hecho de no situarse en el centro de la vía principal de comunicación, su desinterés por escoger un lugar más favorable para el control visual, o el haber escogido un paraje donde, si no oculto, si pasa bastante desapercibido, avala el origen y la función eminentemente religiosa del asentamiento protohistórico. La continuidad del culto en la Cueva del Valle, así como la presencia de otro conjunto de exvotos y objetos cerámicos plenamente romanos en el pueblo de Zalamea, hacen sospechar sobre el carácter sacro de todo el pequeño valle donde se asientan sendos yacimientos.

La polémica en cuanto a la funcionalidad de Cancho Roano se centra exclusivamente en el último edificio, sin reparar en el descubrimiento de las naves perimetrales excavadas en los últimos años ni, como es lógico, en la existencia de los edificios más antiguos, por ello es conveniente intentar esclarecer las causas por las que fueron destruidos y abandonados los edificios B y C (Celestino, Jiménez, Martín, 1996). En primer lugar hay que destacar la diferencia que existe entre la desaparición de estos edificios más antiguos y el complejo actual, pues mientras éste nos ha deparado una ingente cantidad de materiales que sitúan sin ambages su vinculación cultural y, por lo tanto, su cronología, además de conocer su planta arquitectónica completa, los edificios B y C apenas nos han legado materiales arqueológicos que permitan datar el momento exacto de su funcionamiento. Todo el ajuar del monumento B fue cuidadosamente recogido antes de su demolición, y caben dos posibilidades sobre su destino; o bien fueron reaprovechados tras la construcción del nuevo edificio, lo que ayudaría a comprender la presencia de objetos de una mayor antigüedad a la propia existencia del complejo actual; o bien fueron retirados y depositados en algún punto cercano al santuario, a modo de favissa. En el primer caso estaríamos ante una claro continuismo en la funcionalidad del edificio; mientras que en el segundo supuesto, se establecería una ruptura en cuanto al significado cultural y funcional del complejo. Lo que si parece que está fuera de toda duda es el mantenimiento de su carácter sacro a

través de los altares levantados sobre un mismo eje constructivo. El pilar de H-7, construido sobre el altar en forma de piel de toro extendida de B, así como la organización de las estancias perimetrales, interpretadas como capillas donde se depositan las más variadas ofrendas al santuario, avalan suficientemente este supuesto.

Es prematuro aventurar una hipótesis sobre las causas de abandono de los edificios más antiguos, aunque ya hemos apuntado en otro lugar la posibilidad de que se traten de edificaciones directamente relacionadas con un personaje notable, de tal manera que su duración en el tiempo se correspondería con la propia vida del individuo. Esta idea conlleva la aceptación de un sistema dinástico para entender el emplazamiento, de ahí que hayamos insistido en el término palacio-santuario para justificar la presencia de un rey-sacerdote, al modo de los emplazamientos mediterráneos de este tipo. Sin embargo, se hace difícil concebir el complejo como la residencia permanente de un jerarca, sobre todo si tenemos en cuenta su total aislamiento en el paisaje y la exigua capacidad espacial del monumento para albergar los servicios mínimos necesarios para mantener todo un sistema de control sociopolítico. Por ello parece más lógico pensar que el funcionamiento del complejo fuera ejercido por un sacerdote o sacerdotisa, aunque su poder estuviera controlado por una autoridad regia que estaría ubicada en algún centro urbano aún por determinar, pero que podría ser muy bien Medellín u otro centro por localizar en su más inmediato entorno.

Las analogías que se han buscado para situar los orígenes arquitectónicos del complejo más moderno no han podido basarse en la planta de los edificios más antiguos, de los que deriva claramente. Parece razonable que el último edificio, construido hacia mediados del siglo V, se inspire en la planta de su antecesor, aunque incorpore nuevas técnicas de construcción, como las zanjas de cimentación, o amplíe considerablemente su espacio ante las nuevas necesidades. No es este el lugar para esgrimir analogías constructivas, pero ya he mencionado la similitud que presentan los santuarios de Cancho Roano con algunos templos etruscos, fundamentalmente con el santuario de Pyrgi, de indudable influencia fenicia (Serra, Ridgway, 1990, 528). Pero no sólo la planta de Pyrgi es análoga a Cancho Roano, también la presencia de numerosas ofrendas depositadas por los comerciantes que se acercaban al santuario para hacer sus transacciones, la gran cantidad de ánforas documentadas en su interior, o algunos elementos constructivos como los pozos o el foso aparecido en

uno sus extremos, nos acerca a la concepción arquitectónica de Cancho Roano. Igualmente sugerente, aunque con una planta algo distinta, es la evolución del santuario de Gravisca, construido sobre los restos de un santuario anterior y con la presencia de un pozo en torno al que gravita el lugar sagrado.

Pero también en la Península podemos encontrar ciertas analogías formales con Cancho Roano, aunque en la mayor parte de los casos se trata de monumentos levantados dentro de un conjunto urbano, confiriéndoles pues carácter de templo. Una excepción importante y aún poco conocida es el santuario de La Algaida, en el término gaditano de Sanlúcar de Barrameda. Se trata de un área sagrada con un pozo lustral, rodeado por una serie de habitaciones donde se depositaron ofrendas y objetos utilizados en las ceremonias de culto. Pero además, llama poderosamente la atención el que la mayor parte del ajuar cultural localizado proceda de ámbitos etruscos fechados a partir del siglo VI (Corzo, 1991, 403).

Ultimamente se han introducido en la bibliografía una serie de estructuras o edificios que se han venido designando como singulares ante la difi-

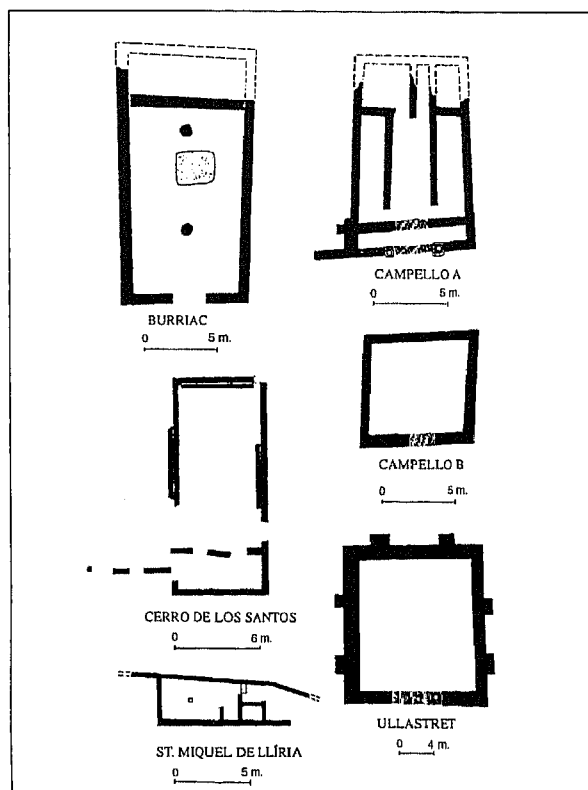


Figura 16. Plantas de templos ibéricos (según Gracia, Munilla, López).

cultad que entraña su atribución funcional, y que sólo en algunos casos muy concretos pueden considerarse de auténticos santuarios o templos, según los casos (Fig. 16). Más difícil todavía es saber distinguir si se trata de santuarios dinásticos, templos urbanos o simples almacenes, por lo que una moderna y muy sugerente clasificación, basada en la tesis interpretativa de Almagro, aún debe ser constatada por nuevas excavaciones para que tenga una base científica más sólida (Moneo, 1995). Sin embargo, si existen algunas estructuras claramente asociadas al mundo cultural en las que aquí nos interesa incidir. Entre los edificios sacros urbanos destaca sobre todo el de la isla de Campello (Fig. 17), antigua península cuando se construyó el complejo aquí existente (Llobregat, 1985; 1988). El denominado templo A presenta una planta muy similar a la de Cancho Roano, aunque de menor tamaño, y más concretamente a la que se va dibujando para el edificio B. Tiene una planta ligeramente rectangular y su eje está orientado de este a oeste. Presenta semejanzas constructivas muy parecidas a las de Cancho Roano B, como una nave distribuidora transversal que también está presente en Cancho Roano A, la estancia principal de mayores dimensiones y centrada en el edificio o el recubrimiento en arcilla roja de sus fachadas (Llo-

bregat, 1991, 327). En las habitaciones laterales se hallaron depositadas varias ánforas y la escultura de una cabeza masculina considerada como un objeto de culto. Frente al templo, separada por un estrecho pasillo, se organiza una nave alargada dividida en cuatro espacios compartimentados por pequeños ámbitos en los que se hallaron numerosos fragmentos de ánforas y vasos que se han interpretado como los almacenes del templo. La presencia de *skýphoi*, *kýlikes* o cerámicas de imitación ática no dejan duda de su cronología en torno a los finales del siglo V.

Otros templos peninsulares, aunque con plantas menos semejantes, si participan de esa tónica general que rodea a estos monumentos, baste recordar el área de ofrendas aparecido en el templo de Alorda Park, donde además se documentó un altar prismático asociado a un hogar (Sanmartí, Santacana, 1987); o las estructuras posiblemente templarias de La Moleta del Remei (Gracia, Munilla, García, 1994) y La Quéjola, donde aparecieron asociados materiales de clara adscripción cultural (Blánquez, Olmos, 1993), éste fechado en el siglo VI, mientras que los anteriores se datan en el transcurrir del siglo V anE. De gran interés es el templo de La Alcudia de Elche, asociado a un enterramiento y con un altar en su

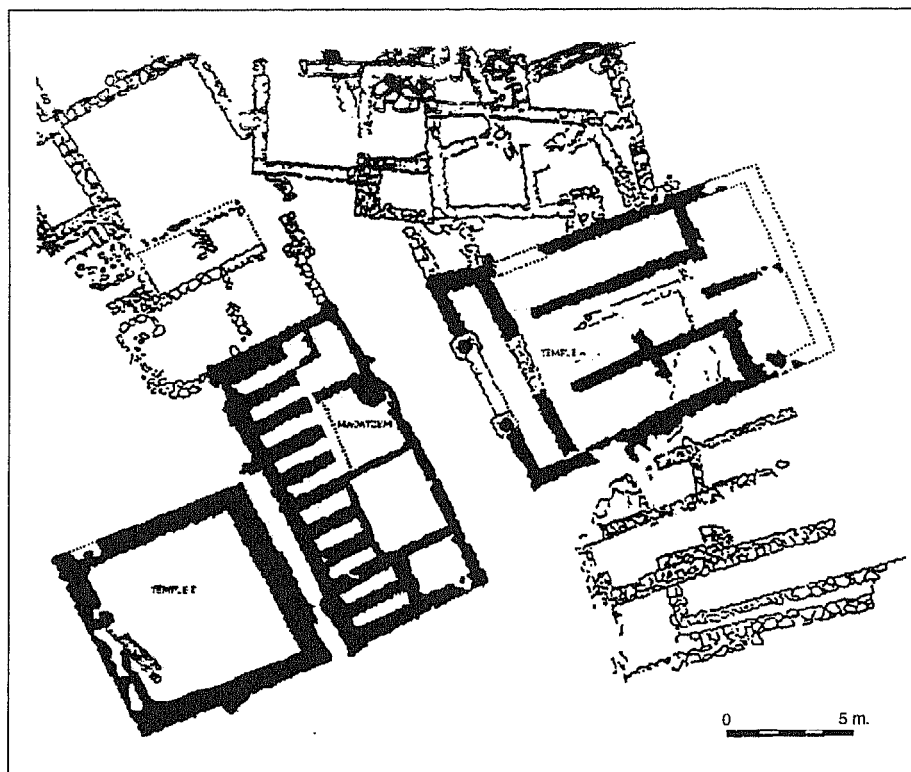


Figura 17. Complejo de Campello con los templos A y B y la zona de ofrendas o almacenes (según Llobregat).

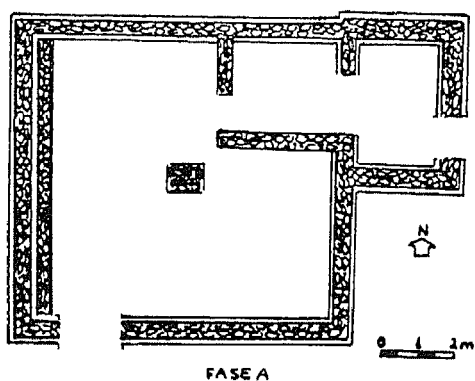
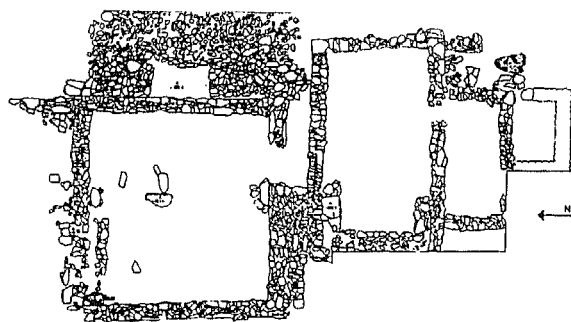


Figura 18. En la parte superior, planta del santuario de Torrejón de Abajo (según García Hoz, Álvarez). Abajo, planta del santuario de la Alcudia de Elche (según Ramos Fernández).

ámbito principal (Ramos, 1995). Su función ha sido puesta en relación con el culto funerario (Moneo, 1995, 248), una función que aún no podemos descartar tajantemente para Cancho Roano y que pudo estar igualmente presente en otros edificios de este tipo. La planta oriental del complejo de La Alcudia (Fig. 18, 2) se asemeja mucho a otro edificio contemporáneo hallado en Cáceres, el Torrejón de Abajo (Fig. 18, 1), donde a pesar de su mal estado de conservación, se ha podido levantar gran parte de su planta arquitectónica principal. El Torrejón de Abajo ha sido interpretado por sus excavadores como un santuario convertido, tras su destrucción, en un gran túmulo funerario en el que se incineraría el personaje cuyas cenizas aparecieron depositadas en una urna en la esquina del ámbito principal. Junto a ella se localizó un lote de

bronces claramente orientalizantes que parecen formar parte del lecho mortuario. En las habitaciones contiguas se hallaron restos de ánforas y otros grandes vasos que hicieron pensar en la posibilidad de que se trataran de los almacenes del santuario; por otra parte, el espacio principal se orienta al este, donde se abre a una pequeña explanada pavimentada de guijarros donde se practicó un hoyo rectangular entendido como favissa o zona de ofrendas (García Hoz, Álvarez Rojas, 1991, 203). El edificio está aún poco valorado y se necesitarían nuevas excavaciones para delimitar las posibles estructuras que se organicen en su entorno inmediato. De ser cierta su función como santuario, en este caso claramente dinástico, reuniría las condiciones más apropiadas, como su proximidad al poblado del Risco, con materiales datados en el periodo orientalizante (Rodríguez, Enríquez, Pavón, 1995, 52) y situado en el alto de la sierra a cuyos pies se levanta el presunto santuario, o su ubicación en una vía de comunicación fundamental desde la prehistoria, la que liga los valles del Guadiana y el Tajo.

Pero no podemos olvidar que una de las misiones principales de los santuarios era, al modo de los complejos mediterráneos, garantizar el comercio entre las diferentes comunidades, al mismo tiempo que servirían, como ha venido sucediendo hasta nuestros días, de centros de congregación de mercaderes en torno a las ferias. Esta función aparece muy bien documentada en, al menos, el último complejo de Cancho Roano. Pero

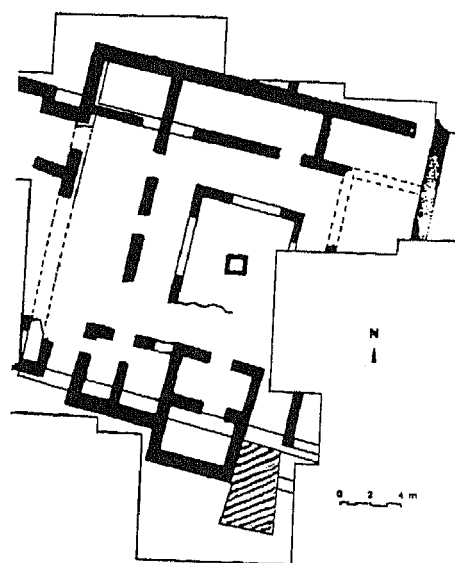


Figura 19. Planta del complejo arquitectónico de Abul (según Mayet y Tavares da Silva).

estos lugares ya debieron ejercer esa función desde antiguo, posiblemente desde el bronce final, sirviendo de centros de acogida y de contacto entre los primeros comerciantes que se adentraban por estos territorios. En este sentido no podemos obviar el complejo de Abul, en Alcácer do Sal, junto al estuario del Sado (Mayet, Tavares da Silva, 1994). Se trata de un establecimiento fenicio que, a pesar de hallarse algo arrasado, nos ha legado una planta de sumo interés por sus analogías formales con Cancho Roano. Está fuera de toda duda su función comercial, dependiente tal vez de un centro establecido en el cercano castillo de Alcácer do Sal, donde se han encontrado restos de materiales fenicios en el hábitat indígena. El complejo, de planta cuadrada, nos sorprende de nuevo por sus medidas, unos 22 metros por cada lado, medidas idénticas a las de Pyrgi o Cancho Roano. Además sus suelos son también de arcilla roja apisonada, de hasta 7 centímetros de espesor. En el centro del edificio se dispone una habitación de mayor tamaño en el centro de la cual se erigió un altar cuadrangular con base de guijarros y presencia de cenizas. El edificio fue derribado hacia el siglo V, quedando cubierto por los alzados de adobe de las habitaciones interiores. Sin embargo, no parece que su ruina tuviera un carácter ritual, pues en este caso si parece claro que todos los objetos de valor fueron retirados antes de su destrucción. El complejo tiene un carácter comercial preponderante, su situación geográfica es inmejorable y fue aprovechada siglos después por una instalación romana, pero responde a un patrón análogo al que muestra Cancho Roano y otros centros similares que debieron coexistir en torno a los siglos VI y V por todo el Mediterráneo occidental, tanto en la costa como en el interior.

Con el tiempo, estos centros comerciales de carácter sacro se constituirán en auténticos centros de culto, cuya divinidad tendrá como misión principal el garantizar las transacciones comerciales (Torelli, 1996, 147), aunque sin abandonar el carácter genuinamente sagrado del que obtendría su propia protección por parte de la población indígena. No obstante, es difícilmente imaginable que estos centros actúen con total independencia del poder político, seguramente ejercido por algún régulo establecido en un centro urbano próximo al lugar y quien, ocasionalmente, podría hacer uso de su poder desde estos centros para reivindicar su condición político-religiosa. Es sólo en este sentido en el que se explica la denominación de palacio-santuario o, si se prefiere, de santuario palacial.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, M. (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV. Madrid.
- ALMAGRO, M. (1983): *Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica*. Madrider Mitteilungen, 24. Mainz.
- ALMAGRO, M. (1996): *Ideología y Poder en Tartessos y el Mundo Ibérico*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- ALMAGRO, M., DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A., LÓPEZ AMBITE, F. (1990): *Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica*. Madrider Mitteilungen, 31, pp. 251-308. Mainz.
- AUBET, M. E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona.
- BLÁNQUEZ, J. (1992): *Las necrópolis ibéricas del Sureste de la Meseta*. Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis. Serie Varia, I, pp. 235-278. Madrid.
- BLÁNQUEZ, J., OLMOS, R. (1993): *El poblamiento ibérico antiguo en la provincia de Albacete. El timiaterio de la Quéjola (San Pedro) y su contexto arqueológico*. Arqueología en Albacete, pp. 85-109. Universidad Autónoma. Madrid.
- BLÁNQUEZ, J. M. (1983): *Primitivas religiones ibéricas. Religiones Prerromanas, II*. Ediciones Cristiandad. Madrid.
- CALVO, I., CABRÉ, J. (1919): *Excavaciones en la cueva y Collado de los Jardines (Sta. Elena. Jaén. Memoria de los trabajos realizados en la Campaña de 1918*. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Madrid.
- CELESTINO, S. (1991): *Cancho Roano, un complejo urbano orientalizante en Zalamea de la Serena (Badajoz)*. La presencia de material etrusco en la Península Ibérica, pp. 439-456. Universidad de Barcelona.
- CELESTINO, S. (1992): *Cancho Roano. Un centro comercial de carácter político-religioso e influencia oriental*. Rivista di Studi Fenici, XX, 1, pp. 19-46. Roma.
- CELESTINO, S. (1994): *Los altares en forma de "lingote chipriota" de los santuarios de Cancho Roano*. Revista de Estudios Ibéricos, 1, pp. 291-309. Madrid.
- CELESTINO, S. (1995): *El Periodo Orientalizante en Extremadura*. Extremadura Arqueológica, IV, pp. 67-90. Mérida.

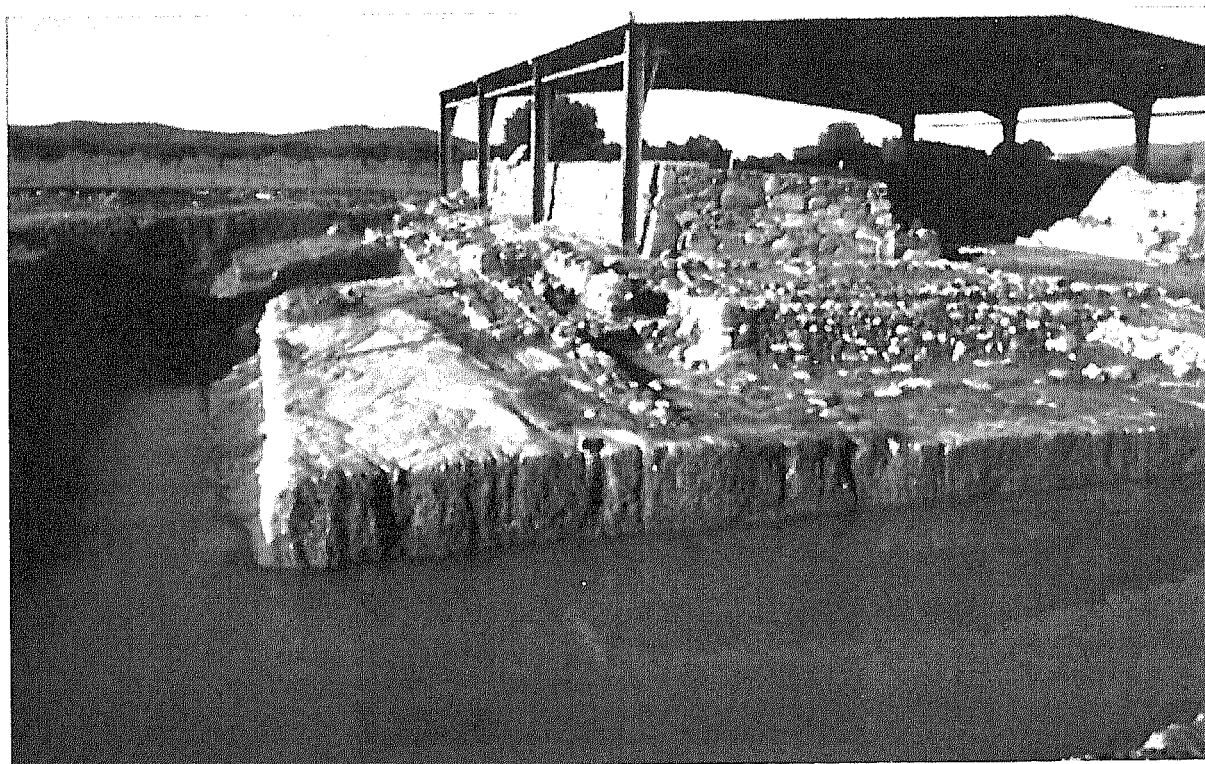
- CELESTINO, S., JIMÉNEZ, F. J. (1993): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano IV. El Sector Norte*. Badajoz.
- CELESTINO, S., JIMÉNEZ, F. J. (1996): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano V. El Sector Oeste*. Editora Regional Extremeña. Madrid.
- CELESTINO, S., JULIAN, J. M. (1991): *El caballo de bronce de Cancho Roano*. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, 18, pp. 179-188. Madrid.
- CELESTINO, S., MARTÍN, A. (1996): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano VII. El Sector Este*. Editora Regional Extremeña. Madrid.
- CERILLO, E. (1990): *Arqueología de las religiones primitivas y Arqueología de las religiones organizadas. Una reflexión*. Zephyrus, XLIII, pp. 189-192. Salamanca.
- COLONNA, G. (1.985): *Santuari d'Etruria*. Electa editorial, pp. 127-141. Milano.
- CORZO, R. (1991): *Piezas etruscas del Santuario de la Algaida (Sanlúcar de Barrameda. Cádiz)*. La presencia de material etrusco en la Península Ibérica. Universidad de Barcelona, pp. 399-412. Barcelona.
- CUADRADO, E. (1950): *Excavaciones en el santuario ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Informes y Memorias. Madrid.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. (1989): *Un lote de cerámicas procedentes de Benquerencia de la Serena (Badajoz)*. Publicaciones, 1. Museo Arqueológico. Badajoz.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1991): *El enfrentamiento etrusco foceo en Alalia y su repercusión en el comercio con la Península Ibérica*. La presencia de material etrusco en la Península Ibérica. Universidad de Barcelona, pp. 239-273. Barcelona.
- FERNÁNDEZ, M. C., CUNLIFFE, B. (1988): *The Guadajoz Project: Excavations at Torreparedones. Second Interim Report*. Institute of Archaeology, University of Oxford.
- GARCÍA CANO, J. M. (1992): *Las necrópolis ibéricas en Murcia*. Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis. Serie Varia, 1. pp. 313-348. Madrid.
- GARCÍA-BELLIDO, M. P. (—): *Los ámbitos de uso y la función de la moneda en la Hispania Republicana*. Actas del III Congreso Histórico Arqueológico hispano-italiano. Septiembre 1993. (en prensa)
- GARCÍA HOZ, M. C., ÁLVAREZ, A. (1991): *El Torrejón de Abajo. Cáceres*. Extremadura Arqueológica, II, pp. 199-209. Cáceres.
- GARCÍA Y BELLIDO, A., MENÉNDEZ-PIDAL, J. (1963): *El distylo sepulcral romano de Iulipa. Zalamea*. Anejos del Archivo Español de Arqueología, III. Madrid.
- GRACIA, F., MUNILLA, G., GARCÍA, E. (1994): *Models d'anàlisi de l'arquitectura ibèrica. Espai públic i construccions religioses en medis urbans*. Cota Zero, 10, pp. 90-101. Vic.
- GUERRERO, V. (1991): *El palacio-santuario de Cancho Roano (Badajoz) y la comercialización de las ánforas fenicias indígenas*. Rivista di Studi Fenici, XIX, 1, pp. 49-82. Roma.
- HURTADO, V., AMORES, F. (1982): *Estudio de las relaciones culturales entre el Sudeste francés y la Pijotilla (Badajoz) en el Calcolítico: las pastillas repujadas y el campaniforme cordado*. Habis, 13. Sevilla.
- JIMÉNEZ, F. J., HABA, S. (1995): *Materiales tartésicos del solar de Portaceli (Medellín, Badajoz)*. Complutum, 6, pp. 235-244. Madrid.
- JIMÉNEZ, F. J., DOMÍNGUEZ, C. (1995): *Materiales protohistóricos de "El Turuñuelo" (Mérida, Badajoz)*. Pyrenae, 26. Barcelona.
- KURTZ-SCHAEFER, W. S. (1991): *Los arreos de caballo en Las Cogotas*. Actas del Coloquio de la II Edad del Hierro en la Submeseta Norte (Salamanca, 1989).
- LLOBREGAT, E. A. (1985): *Dos temples ibèrics a l'interior del poblal de l'Illeta dels Banyets*. Fonaments, 5, pp. 103-119. Barcelona.
- LLOBREGAT, E. A. (1988): *Un conjunto de templos ibéricos del siglo IV a.C. hallados en las excavaciones de la Isla de Campello (Alicante)*. Homenaje a Samuel de los Santos, pp. 137-143. Albacete.
- LLOBREGAT, E. A. (1991): *Vías paralelas. Templos y tumbas en Etruria y en Iberia*. La presencia de material etrusco en la Península Ibérica, pp. 309-336. Universidad de Barcelona.
- MALUQUER, J. (1981): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz*. Programa de Investigaciones Protohistóricas, IV. Barcelona.
- MALUQUER, J. (1983): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz*. Programa de Investigaciones Protohistóricas, V. Barcelona.
- MALUQUER, J. (1985): *Comercio continental focense en la Extremadura Central*. Cerámiques grecques i helenístiques a la Península Ibérica (Empúries, 1983), pp. 19-25. Barcelona.
- MALUQUER, J., PALLARÉS, R. (1980): *El Palau-Santuari de Cancho Roano a Zalamea de la Serena (Badajoz)*. Institut d'Arqueologia i Prehistòria. Memòria 1980, pp. 39-66. Barcelona.

- MALUQUER, J., CELESTINO, S., GRACIA, F., MUNILLA, G. (1986): *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz*. Programa de Investigaciones Protohistóricas, XVI. Barcelona.
- MALUQUER, J., GRACIA, F., MUNILLA, G., CELESTINO, S. (1987): *Cancho Roano, un Palacio-Santuario del siglo V a.C.* Revista de Arqueología, 74, pp. 36-50. Madrid.
- MAYET, F., TAVARES DA SILVA, C. (1994): *L'établissement phénicien d'Abul (Alcácer do Sal)*. Le Portugal, de la Préhistoire à l'époque romaine. Les Dossiers d'Archeologie, 198, pp. 22-25. Dijon.
- MONEO, M. T. (1995): *Santuarios urbanos en el mundo ibérico*. Complutum, 6, pp. 245-255. Madrid.
- MORENA, J. A. (1989): *El santuario ibérico de Torreparedones (Castro del Río-Baena. Córdoba)*. Estudios Cordubenses, 46, pp. 41-58. Córdoba.
- PALLOTINO, M. (1964): *Scavi nel Santuario etrusco di Pyrgi. Relazione preliminare della settima campagna, e scoperta di tre lamine d'oro iscritte in etrusco e in punico*. Saggi di Antichità, II, pp. 625-675. Roma.
- PRADOS, L. (1994): *Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una Arqueología del culto*. Trabajos de Prehistoria, 51, 1, pp. 127-140. Madrid.
- RAMOS, R. (1995): *El templo ibérico de la Alcudia. La Dama de Elche*. Série Gran, II. Elx.
- RODRÍGUEZ, A. (1995): *Extremadura Prerromana*. Extremadura Arqueológica, IV, pp. 91-121. Mérida.
- RODRÍGUEZ, A., ENRÍQUEZ, J. J., PAVÓN, I. (1995): *El poblado protohistórico de Alisada (Cáceres): materiales de superficie y perspectivas*. Saguntum, 29, I, Homenaje a Milagros Gil-Masarell, pp. 43-56. Valencia.
- RUANO, E. (1988): *El cerro de Los Santos (Montea-legre del castillo, Albacete)*. Una nueva interpretación del Santuario. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, 15, pp. 253-273. Madrid.
- RUIZ, A., MOLINOS, M. (1993): *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Editorial Crítica. Barcelona.
- SANMARTÍ, J., SANTACANA, J. (1987): *Un recinte cultural al poblado ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedes)*. Fonaments, 6, pp. 157-169. Barcelona.
- SERRA, F. R. (1990): *Etruscans, Greeks, Carthaginians: The sanctuary at Pyrgi*. En DESCOEUDRES, J.P. (ed.). Greek Colonist and native populations, pp. 511-530. Oxford.
- TORELLI, M. (1983): *Polis e "Palazzo"*. Architettura, ideologia e artigianato greco in Etruria tra VIII e VI sec. a.C. Architecture et Société de l'archaïsme grec à la fin de la République romaine, pp. 471-493. Paris-Roma.
- TORELLI, M. (1996): *Historia de los Etruscos*. Editorial Crítica. Barcelona.

LÁMINA I



1. Vista general del palacio-santuario de Cancho Roano.

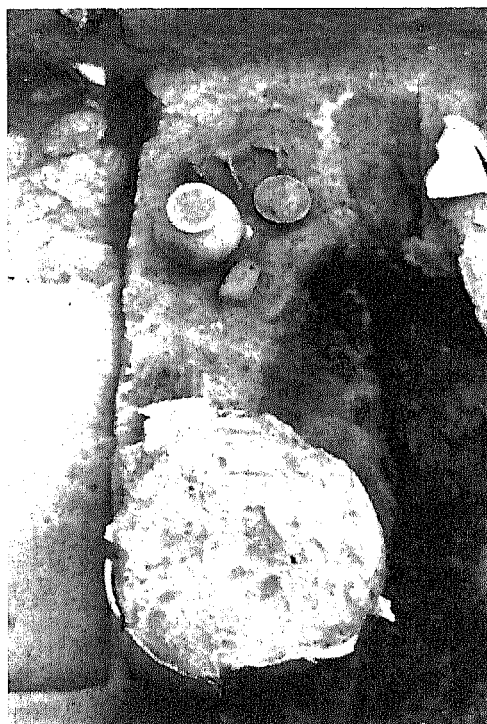


2. Detalle del foso que rodea todo el complejo arquitectónico.

LÁMINA II

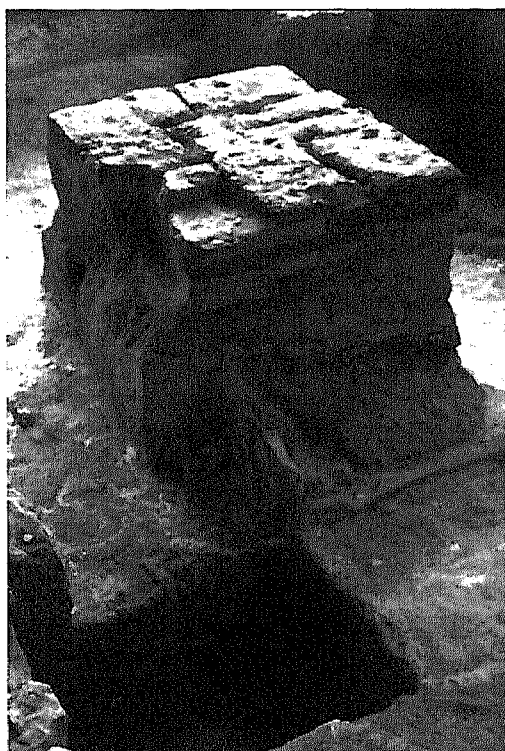


1. Ofrenda descubierta en la capilla N-6 de la nave perimetral del sector norte, donde se repiten los depósitos de ánforas y vasos junto a un jarro y un recipiente ritual de bronce.



2. Ofrenda depositada sobre una banqueta de adobe levantada en la capilla O-1, entre los objetos destaca la presencia del caballo de bronce.

LÁMINA III

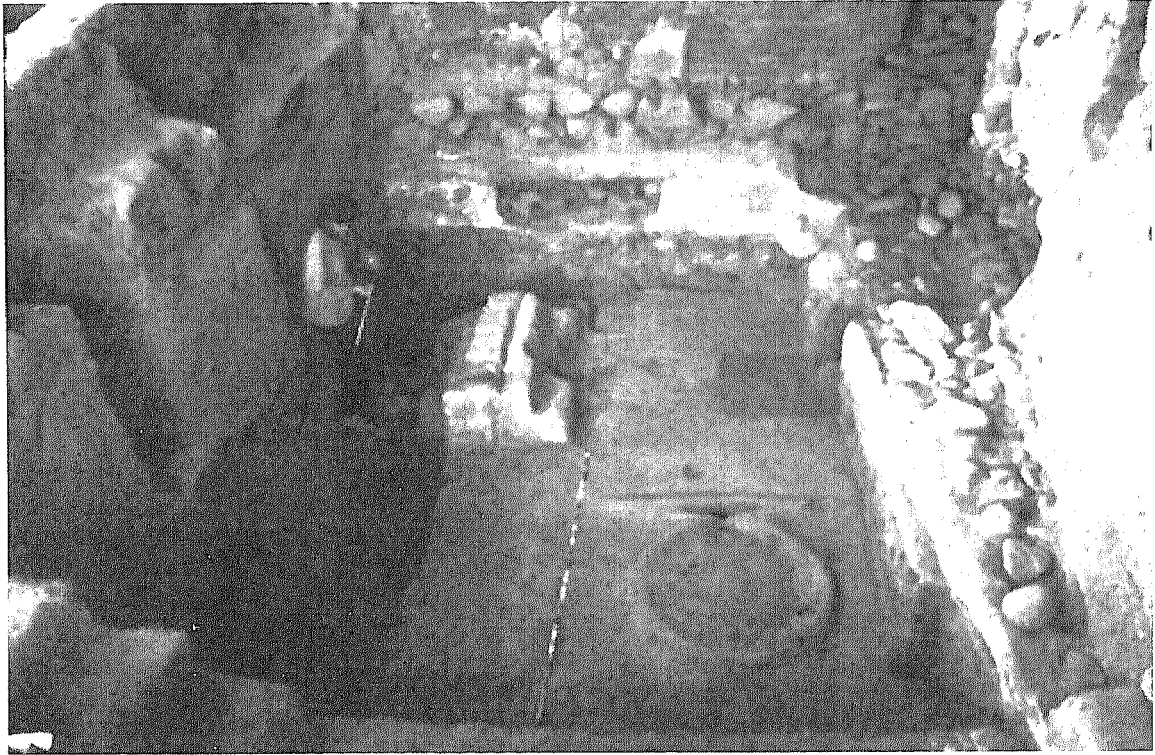


1. Pilar de H-7 bajo el que se adivina el altar del edificio B.



2. Altar en forma de piel de toro extendida del edificio B.

LÁMINA IV

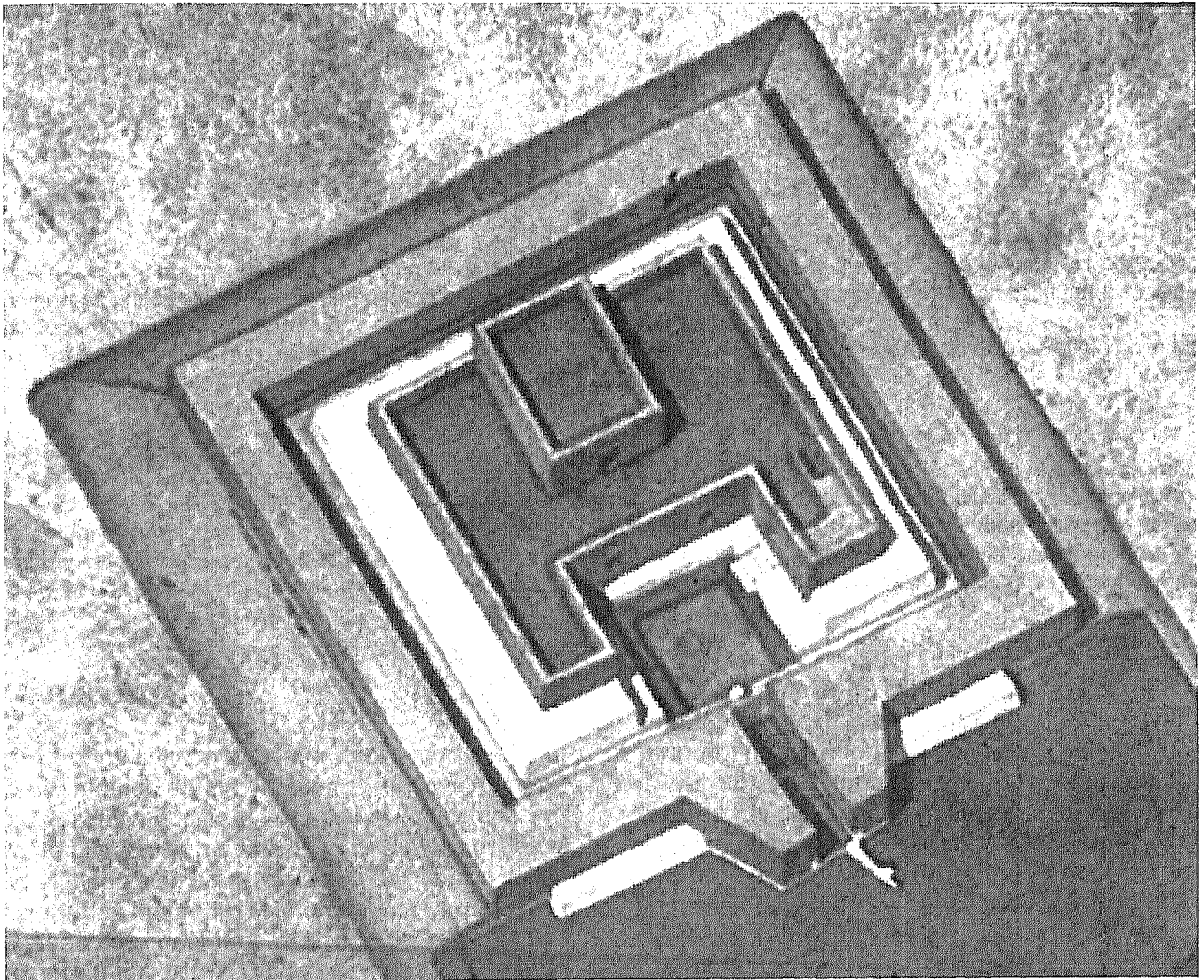


1. Ámbito principal del edificio de Cancho Roano C, donde se aprecia el altar y la estructura escalonada.



2. Detalle del altar del santuario C.

LÁMINA V



Restitución ideal del santuario de Cancho Roano A.

